



**El Desarraigo en Víctimas del Conflicto Armado en Colombia. Historias de Vida de
Desplazados en el Municipio de Andes**

BRAYAN AGUDELO RIVERA

Asesora:

Alba Lucía Pérez Osorno

Socióloga

**Trabajo de grado para obtener el título de
Comunicador Social - Periodista**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE COMUNICACIONES
ANDES-ANTIOQUIA**

2020

A mis papás,
Noralba y Guido.

Agradecimientos

El trabajo de toda una vida académica en la Universidad de Antioquia se ve reflejado en esta investigación, que no hubiera sido posible sin la compañía de cada uno de los docentes que hicieron parte de mi proceso de formación, y quienes me brindaron las bases para inclinarme hacia el conflicto armado como tema de estudio en este trabajo de grado.

Debo agradecer a cada uno de ellos por hacer de mí a una persona sensible ante las diferentes problemáticas que agobian a nuestro país, y a la Facultad de Comunicaciones de la Alma Máter por formar personas íntegras y con la capacidad de cuestionarnos a nosotros y a nuestro entorno; por haberme permitido realizar este trabajo bajo la asesoría de la profesora Alba Lucía Pérez Osorno, quien me orientó durante todos estos cinco meses de la mejor manera, brindándome todo su apoyo y disponibilidad. A ella le agradezco por hacerme creer que cuando hacemos algo con compromiso vamos a obtener resultados muy satisfactorios, y por ayudarme a entender todos esos conceptos y teorías que se escapaban de mi entendimiento. Sobre todo, le agradezco por decirme cuando estaba equivocándome y que yo tenía las capacidades para darle solución a todos esos inconvenientes.

Agradezco enormemente a mi familia por apoyarme durante estos cuatro años en la universidad, creyendo en mis capacidades y sueños. Por creer que la dedicación es la mejor arma para combatir a en este mundo, y que no hay necesidad de vivir con afanes, porque cuando hacemos las cosas con calma, hemos sido testigos de un proceso que nos ayudará a ser mejores personas y, sobre todo, a forjarnos como seres humanos aptos de portar un título de profesionales.

Debo darles las gracias a Dora, Alberto y Claudia por dejarme conocer un poco sobre sus vidas, por abrirse con confianza y narrar cómo los ha afectado el conflicto armado. Les agradezco porque fui testigo de su calidad humana, de sus dolores pero también de sus sueños. Sin ellos no hubiera sido posible obtener los resultados de esta investigación.

Finalmente, debo agradecerme a mí mismo. Sí, porque desde un principio me propuse el reto de estudiar el conflicto armado desde una perspectiva que me conectara. Hoy, puedo decir que me siento orgulloso de todas las noches y días enteros que estuve frente a mi computador pensando, porque ahora he crecido un poco más y estoy un paso más cerca de alcanzar mis sueños. Me agradezco por permitirme ver que soy capaz, aunque en un principio todo parecía imposible.

Tabla de contenido

Agradecimientos	3
Tabla de contenido de figuras	6
Resumen.....	7
Introducción	8
Capítulo I	14
1. Desarraigo.....	14
1.1. Territorio.....	17
1.1.1. Lo que heredé de mi tierra: costumbres.....	20
1.1.1.1. Relacionarse antes del desplazamiento.....	22
1.1.1.2. Cotidianidad en la tierrita.....	23
1.1.2. Pertener a un lugar.....	24
Capítulo 2.....	26
2. Desplazamiento.....	26
2.1. Perder el territorio.....	29
2.2. Salir, moverse a un lugar incierto.....	31
2.3. Padecer.....	32
2.4. Buscar un lugar.....	33
2.5. Volver, ¿querer volver?.....	35
Capítulo 3.....	36
3. Reinventarse.....	36
3.1. Encontrar un lugar.....	37
3.1.1. Habitar lo ajeno.....	42
3.1.2. Cotidianidad después del desplazamiento.....	42
3.1.3. Relacionarse ahora.....	44

3.2. Reterritorialización.	44
Capítulo 4.....	46
4. Memoria.....	46
4.1. Recordar mi historia.....	47
4.2. Lo que se ha olvidado.	48
4.3. ¿Quién soy?.....	49
Conclusiones	51
Bibliografía	52
Anexos	54

Tabla de contenido de figuras

Figura 1.....	27
Figura 2.....	39
Figura 3.....	40
Figura 4.....	40

Resumen

Abandonar el territorio de origen es el principio de una nueva vida a la que se enfrentan los desplazados por el conflicto armado en Colombia. Los tres desplazados que se mencionan a lo largo de la investigación dejan en evidencia un sentimiento de desarraigo que se presenta a través de diferentes formas de expresión como: el lenguaje, el deseo de retorno y la necesidad de un trabajo. Para hablar de esto, es necesario comprender el significado que tiene el territorio en el contexto del conflicto armado, pues este comienza a tener suma importancia si lo interpretamos no sólo desde la geografía sino desde las emociones, la comunicación y la estructura social. En ese proceso de desarraigo, las víctimas del conflicto vivencian un período en el que transforman sus prácticas cotidianas y relaciones sociales, pero en el que también es muy recurrente el miedo y la necesidad de recordar, siendo esta última una cualidad que se presenta ocasionalmente y que el individuo usa para transformar su vida.

Palabras clave

Desarraigo, Desplazamiento, Conflicto armado, Territorio, Andes.

Abstract

Leaving the territory of origin is the beginning of a new life by those displaced by the armed conflict in Colombia. The three displaced persons mentioned throughout the investigation reveal a feeling of being uprooted that occurs through different forms of expression such as: language, the desire for return and the need for work. In order to talk about this, it is necessary to understand the meaning of the territory in the context of the armed conflict, since it begins to have great importance if we interpret it not only from geography but from emotions, communication and social structure. In this process of uprooting, the victims of the conflict live a period in which they transform their daily practices and social relationships, but in which fear and the need to remember is also very recurrent, the latter being a quality that occurs occasionally and that the individual uses to transform his life.

Keywords

Uprooted, displacement, armed conflict, territory, Andes.

Introducción

La presente investigación se refiere al tema del desarraigo en tres víctimas del conflicto armado en Colombia que se radicaron en el municipio de Andes luego de ser desplazados de su lugar de origen. En el marco de la problemática del desplazamiento forzado, podemos definir el desarraigo como la pérdida del vínculo presencial de una persona con su territorio de origen por causas ajenas a su voluntad, conllevando a un duelo frente a las prácticas tangibles e intangibles desarrolladas en dicho espacio en todas las dimensiones del ser humano. En este sentido, el desarraigo es expresado no sólo a través de palabras sino también por medio de acciones cotidianas y la forma en la que quien lo experimenta se relaciona en sus nuevos entornos.

La característica principal del desarraigo en las tres víctimas objeto de estudio, es el abandono forzado de sus casas, todas ellas ubicadas en zonas rurales de sus municipios, y posteriormente se radican en el municipio de Andes, nuevamente en zona rural. En los tres casos, el desarraigo fue provocado por actores armados desconocidos por las víctimas, obligándolos a reestructurar todas sus prácticas cotidianas y sus relaciones sociales en función del nuevo territorio, a esto se suma, la búsqueda de un empleo en diferentes actividades económicas sin importar la lejanía de sus tierras. A largo plazo, esta situación se manifestará a través de la necesidad y deseo de querer regresar y, al mismo tiempo, de la aceptación de un miedo que sigue latente y que les impide volver al lugar en el que sufrieron las consecuencias de la guerra, porque la violencia sigue siendo protagonista en algunos de estos espacios.

Si bien los habitantes del territorio andino vivieron el conflicto armado, se puede evidenciar que la llegada de quienes padecieron el conflicto en otras regiones del país ha trastocado la vida del municipio de Andes. La oleada de personas que se han radicado en esta localidad representa un crecimiento muy significativo de la población andina¹.

Según la Red Nacional de Información, actualmente la cifra de víctimas del conflicto armado en Colombia asciende a 8.553.416 personas, de las cuales 5276 están registradas en Andes. De este total de víctimas, dicha entidad registra 664.656 a partir del año 2015, lapso en el que 345 de ellos llegaron al municipio de Andes, siendo 53 de estos casos los que se reportaron en el año 2019.

El fenómeno del desarraigo nos lleva a plantear que cuando una persona desplazada es obligada a adecuarse a un entorno completamente ajeno al suyo, termina actuando por un instinto de supervivencia, lo que tiene como resultado, un abandono simbólico de la mayoría de los elementos propios de su entorno (la cultura, relaciones vecinales y familiares, etc.). Esto indica la existencia de un desarraigo. Al respecto, Elizabeth Jelin afirma que las situaciones de desarraigo pueden ser producidas “por desplazamientos y migraciones (a veces impuestos por situaciones de violencia política o de carencia económica) o por interrupciones ligadas a transformaciones

¹ Andes tiene actualmente una población de 47.384 personas, 5793 más que el año 2005, según el Censo Nacional Poblacional de ese año cuando reportaba 41.591 habitantes

económicas y políticas que se dan en un mismo lugar –en el que se ha nacido y crecido. Estos procesos de desarraigo, paradójicamente, llevan también a una búsqueda renovada de raíces, de un sentido de pertenencia, de comunidad”. (Jelin, 2001, p.1).

Para comprender el fenómeno del desarraigo desde la Comunicación Social – Periodismo en el municipio de Andes, se formuló la siguiente pregunta de investigación: *¿Cómo se manifiesta el fenómeno del desarraigo en tres víctimas del conflicto armado radicadas en el municipio de Andes?*

Este interrogante nos lleva a analizar otras cuestiones para profundizar en los objetivos de la investigación, lo que nos lleva a plantear las siguientes preguntas: ¿los desplazados se siguen sintiendo identificados con su territorio de origen pese a que la violencia les marcó la vida? ¿Retornarían? El abandono de sus municipios, estimulado en muchos de estos casos por obligación, y en otros por miedo, deja a la intemperie los lazos culturales que los hacen parte de un lugar y de un grupo social. Por tal motivo, esta investigación se desarrolló con el objetivo de realizar un acercamiento a esta población y narrar su historia de vida, teniendo en cuenta un “antes y un después” del acontecimiento que provocó su desplazamiento y con ello el desarraigo. Con el fin de determinar cómo se manifiesta el fenómeno del desarraigo en estas víctimas del conflicto se proponen tres objetivos específicos:

1. Investigar de qué manera se ha transformado la cotidianidad de las tres personas centro de esta investigación.
2. Evidenciar cómo es el vínculo cultural entre esta población con sus territorios originales y actuales.
3. Realizar un contraste entre la vida de las víctimas antes y después del desplazamiento a partir de tres crónicas.

La investigación tiene un enfoque cualitativo y sigue el método fenomenológico. Los instrumentos utilizados para la recolección de la información fueron la entrevista semiestructurada y la entrevista a profundidad, dos herramientas con las que se pudo realizar un contraste entre la vida antes y después del desplazamiento, pretendiendo así, proyectar cómo es el proceso de inserción a una cultura ajena a la suya. Además, sirvieron como fuente de información para recolectar datos clave sobre el tema e identificar categorías emergentes, lo que contribuyó a darle una nueva perspectiva a la investigación sobre lo que ha implicado el desplazamiento por el conflicto armado dentro del municipio de Andes. Por otro lado, la historia de vida y la revisión documental en archivos digitales y en prensa, fueron cruciales para la recolección de la información, así como para contrastar y corroborar datos necesarios en la realización del informe final de la investigación y una serie de tres crónicas que narran la experiencia de los implicados en la problemática antes expuesta.

La definición de la población objeto de estudio, fue limitada a un número de tres personas según los siguientes criterios de selección, los cuales permitieron estudiar profundamente dicho fenómeno: 1) mayores de 30 años, 2) haber sido desplazados en un lapso de tiempo no menor a diez años, 3) haber sido desplazados de otro municipio diferente a Andes, y 4) estar radicados en Andes hace cinco años como mínimo. En la selección de estas personas no se tuvo en cuenta el género, pues se determinó que esta variable no afecta los resultados de la investigación, ya que nos proponemos estudiar la expresión del desarraigo como experiencia personal, independiente de las condiciones de género y más allá de los datos cuantitativos. Pese a que las tres víctimas del conflicto armado que aportaron su conocimiento y experiencia en esta investigación viven en la misma vereda, este hecho (al igual que el género) no incide en los resultados, ya que la selección se realizó con base en los criterios antes mencionados.

Las tres personas seleccionadas son de municipios distintos (Sonsón, Tarazá y Campamento, todos en el departamento de Antioquia) y por diferentes motivos (todos relacionados con el conflicto armado) llegaron a Andes, municipio ubicado en el Suroeste antioqueño, con el fin de rehacer sus vidas. Sus nombres son: Dora García, Alberto Tabares y Claudia Pérez. Las tres personas viven actualmente en la vereda San Pedro Abajo del corregimiento Santa Rita, en el municipio de Andes. A continuación, presentamos un perfil breve de cada persona:

Dora García: Es ama de casa y tiene 54 años. Durante toda su vida vivió en Sonsón-Antioquia, en el oriente del departamento. Madre de ocho hijos, pero sólo de seis en el momento de ser desplazada. Vivió cerca de dos años en el municipio de Nariño, en la misma subregión, lugar del que fue desplazada por primera vez debido a la fuerte presencia y los constantes enfrentamientos entre las FARC, grupos paramilitares y el Ejército, según ella. Perdió dos primos por causa del conflicto armado y en reiteradas ocasiones se tuvo que esconder bajo los árboles para no morir en medio de un combate. Huyó hasta la casa de su madre, en Sonsón, de donde tuvo que salir años después por motivos muy similares a su desplazamiento anterior. Salió de su casa con la ropa que alcanzó a empacar en una estopa y, poco a poco, se fue acercando a un albergue en Medellín hasta que finalmente llegó a Andes.

Claudia Pérez: Claudia es ama de casa, tiene 34 años y es originaria de Tarazá-Antioquia, un municipio ubicado en el Bajo Cauca antioqueño. Toda su infancia la vivió con sus padrinos en una finca donde cultivaban coca; en diversas ocasiones, esta finca fue el sitio donde el Ejército y algunos grupos paramilitares o guerrilleros armaron sus campamentos en las horas de la noche. En su niñez le enseñaron que no podía darle información a ningún grupo para evitar algún problema de mayor peso. Teniendo catorce años, comenzó a vivir con su actual marido, pero esta vez en tierras del municipio de Cáceres, muy cerca a Tarazá; cerca de tres años más tarde, fue obligada a abandonar su casa debido a una amenaza inesperada: En el momento en que hombres armados (de un grupo que desconoce) llegaron a su hogar, tuvo que salir con su familia sin llevar nada en sus manos. Minutos más tarde vieron cómo su casa estaba siendo quemada.

Quince días después decidieron irse a vivir donde una cuñada, en Andes, Antioquia, lugar donde lleva viviendo aproximadamente doce años y medio.

Alberto Tabares: Alberto tiene 47 años y se dedica a las labores relacionadas con la agricultura. Es proveniente del municipio de Campamento-Antioquia, en la subregión Norte de Antioquia. Vivía con su familia en la finca de sus abuelos, allí cultivaban caña y producían panela para vender en el pueblo. Él dice que su municipio era muy sano a principios de la década de 1990, pero un día inesperado en horas de la noche llegaron varios hombres armados a informarles que ellos se quedarían allí y no se harían responsables de nada. Esa misma semana hubo un enfrentamiento entre este grupo armado (del cual desconoce su nombre) con el Ejército; este combate se dio en horas del día cuando estaban trabajando, luego tuvieron que presenciar otro enfrentamiento en el que personas armadas entraron a las casas de los pobladores. Días después y no habiendo pasado ni siquiera dos semanas, les dijeron que se tenían que ir si no querían morir. Empacaron su ropa y se fueron en las mulas de su casa a los tres días; llegaron al pueblo y luego a Medellín. Años después él decidió separarse de su familia para emprender camino rumbo a Andes como un “andariego más”, llegó a una finca cafetera y hoy, 28 años después, se sigue dedicando a esta actividad.

Estos tres casos no reflejan en su totalidad el fenómeno del desplazamiento y desarraigo en el municipio de Andes (o en la totalidad del territorio colombiano), sin embargo, son una muestra que da indicaciones importantes para la comprensión de dicho fenómeno, pues el desarraigo se presenta de diferentes maneras, y todos los individuos asimilan las situaciones de formas distintas. Lo anterior, se evidencia en las historias de estas tres personas ya que a pesar de las similitudes entre las circunstancias, sus procesos no fueron iguales. En consecuencia, su aporte a esta investigación fue muy valioso, pues ellos son testigos de las consecuencias de la guerra en nuestro país, y sólo ellos pueden narrar lo que vivieron en los momentos previos al desplazamiento y cómo esa problemática transformó sus vidas.

Tomando como punto de partida que los desplazados vivencian un cambio en sus rutinas y sus relaciones sociales, y pueden ser estigmatizados por quienes los rodean, fue necesario estudiar el concepto de estigma desde el enfoque de la dramaturgia social de Erving Goffman, quien sugiere que todas las personas manejamos patrones de pensamiento y comportamiento que nos permiten clasificar a las demás personas dentro de categorías. El concepto de estigma es utilizado para atribuirle a los seres humanos una condición de seres humanos “normales” o “anormales”, entendiéndose por esta última a las personas que Goffman considera desacreditadas ya que poseen algún defecto (Goffman, 1970). Asimismo, Elizabeth Jelin, y Maurice Halbwachs a través de sus aportes teóricos en lo que respecta a la memoria, nos plantean diferentes argumentos que permitieron comprender los asuntos que referían a este concepto, sobre todo en la parte final de la investigación; Jelin nos dice que “la memoria-olvido, la conmemoración y el recuerdo, se tornan cruciales cuando se vinculan a experiencias traumáticas colectivas de represión y aniquilación, cuando se trata de profundas catástrofes sociales y situaciones de sufrimiento colectivo” (Jelin, 2001, p.5).

Por otro lado, fue necesario comprender el concepto de desplazamiento a partir de los aportes teóricos de María Teresa Uribe, quien nos dice que este fenómeno se da en la medida de que los grupos armados imponen un nuevo orden en regiones específicas, impartiendo “órdenes a los pobladores para abandonar la región y utilicen mecanismos de terror como las masacres y los ajusticiamientos colectivos” (Uribe, 2000, p.66).

Una vez clarificado lo anterior, destacamos que esta investigación está estructurada con base en 4 capítulos. En el capítulo 1 *Desarraigo* se contextualiza el fenómeno del desarraigo y se aborda dicho concepto a partir de las relaciones sociales, prácticas cotidianas y diversas miradas del territorio.

En el capítulo 2 *Desplazamiento*, teniendo en cuenta algunos planteamientos de María Teresa Uribe sobre tal problemática, entenderemos el desplazamiento, no a partir de la historia del conflicto armado en Colombia sino desde la manera de cómo este afecta a las víctimas. Para comprender este fenómeno se proponen cinco etapas: la primera es la pérdida del territorio, la segunda se da en la salida de sus municipios, la tercera se ha denominado “padecer”, la cuarta es la búsqueda de un lugar y se finaliza hablando sobre el deseo de volver por parte de los desplazados.

En el capítulo 3 *Reinventarse*, se cuenta de qué manera el individuo se apropia de un espacio que apenas conoce, lo que siente al habitar lo ajeno y cómo se transforman sus relaciones sociales y prácticas cotidianas al llegar a un nuevo lugar. Esta fase del trabajo finaliza hablando de la reterritorialización, un concepto que nos permite comprender la forma en la que el individuo se adapta a un nuevo territorio.

Para finalizar, en el capítulo 4 *Memoria*, se proponen algunos planteamientos teóricos de Elizabeth Jelin, y para eso es necesario entender que en el tema de los desplazados por el conflicto armado en Colombia hay que hablar sobre lo que para ellos es más fácil recordar y también de lo que han olvidado. Posteriormente se entrega un breve panorama sobre la manera en la que las tres personas se conciben actualmente, cómo se describen.

Estos cuatro capítulos resumirán, entonces, cómo se expresa el desarraigo del desplazado, cómo se da la transformación en su cotidiano y cómo se manifiesta el vínculo que mantienen con sus territorios de origen. Lo que representará un aporte al campo de la Comunicación social y el Periodismo, debido a que nos permite comprender este fenómeno a través del lenguaje, proyectado en todo lo que le respecta: el territorio, los gestos, la palabra, la memoria, las costumbres, las relaciones sociales, etc. En otras palabras, se cuenta de qué manera sus acciones nos comunican algo sobre sus nuevas formas de percibir el mundo.

Además de este informe, la investigación arrojó como resultado tres crónicas que se comparten como anexos a este documento, donde se sintetizan los argumentos antes expuestos, con el fin de aportar desde el periodismo una visión de este fenómeno.

De esa manera, una de las limitaciones que se tuvo en el proceso de investigación fue la dificultad para identificar y acceder a literatura sobre el desarraigo desde la comunicación social en el contexto del conflicto armado, ya que gran parte de las investigaciones sobre el tema tienen orientaciones desde otras disciplinas como la sociología, la politología, la psicología, pero no desde la comunicación social. El reto fue articular estos conceptos (desarraigo-desplazamiento forzado) para alcanzar los objetivos propuestos en la investigación. No obstante, esta limitación nos permitió arriesgarnos a una interpretación muy propia de dichos conceptos orientados al tema de estudio, retomando por supuesto, en la medida de lo posible, la literatura ya existente para dialogar sobre el tema desde esas otras posturas.

Por otro lado, hablar de la historia del conflicto armado también generó algunos inconvenientes y desaciertos en esta investigación, debido a que es una problemática que está presente en el país hace varias décadas y ameritaba una indagación del tema en su devenir histórico, algo que no fue posible de manera rigurosa (no era el objeto de la investigación), pero que se tuvo que atender y que no permitió concentrarnos totalmente en el tema central: el desarraigo en los tres desplazados. Es necesario aclarar que por motivos de seguridad y falta de recursos, no fue posible hacer un acercamiento a cada uno de los lugares que han habitado las tres personas que colaboraron con esta investigación, lo que hubiese permitido complementar algunos datos que se requerían en este informe y enriquecer las crónicas.

En ese sentido, la presente investigación servirá como soporte para entender de qué manera se puede presentar el fenómeno del desarraigo entre la población desplazada, además de conocer cuáles temas podrían ser objeto de estudio desde la Comunicación Social y el periodismo. El desarraigo en víctimas del conflicto armado en Colombia, permitirá leer e interpretar los territorios, identificar la transformación en el cotidiano de los desplazados, y entender que para una persona ser desarraigada debe vivenciar un proceso, el cual se resumirá en los cuatro capítulos que se proponen en este trabajo.

Lo anterior nos lleva a proponer posibles rutas de investigaciones desde las cuales se incluyan otras miradas del conflicto armado a partir del fenómeno del desarraigo, que pueden ser tomadas en cuenta en futuras investigaciones. Para ello, y teniendo en cuenta el campo de la Comunicación Social y el Periodismo, sería pertinente plantear tres nuevas miradas de este tema de estudio: 1) cómo se vive actualmente en los territorios que han sido escenarios del conflicto armado. 2) Profundizar en el concepto del territorio como lenguaje, con el fin de identificar cómo el espacio describe la guerra y sus consecuencias, y 3) A partir de dibujos, identificar cómo los desplazados conciben sus territorios de origen y sus actuales lugares de residencia.

El desarraigo en víctimas del conflicto armado en Colombia. Historias de vida de desplazados en el municipio de Andes.

Capítulo I

1. Desarraigo

El desplazamiento por el conflicto armado es, sin duda, una problemática que ha generado diferentes reacciones, afectaciones y transformaciones, sobre todo entre quienes han sido sus víctimas; el desarraigo es sólo una de esas respuestas a ese conflicto de poderes que ha dejado muertes, desplazamientos y temores en todo el territorio colombiano, y es la manifestación de cómo se transforma la vida de quienes lo han padecido, sus rutinas y sus formas de percibir el entorno.

La RAE define el desarraigo como la “ausencia o privación de vínculos con un lugar o un grupo de personas”, pero este concepto acoge situaciones como la pérdida emocional y física que tiene un sujeto con un espacio específico, primeramente, con su territorio de origen. Es un fenómeno permeado por manifestaciones sociales conflictivas que llevan a la pérdida de lazos con estos territorios, por lo tanto, lo podemos asociar con el quebrantamiento de una realidad ya construida dentro de un contexto donde se desempeñan unas funciones y costumbres ya establecidas culturalmente, y que se han desarrollado a través de los años. Esas costumbres toman un nuevo rumbo cuando, en el caso que presentamos en esta investigación, los desplazados por el conflicto armado, se enfrentan a procesos de desarraigo de los que difícilmente pueden salir.

Desarraigo es, entonces, la pérdida de vínculos entre el sujeto y su territorio. Cuando el abandono del lugar que se habita, se da por situaciones conflictivas que atentan contra su integridad, las personas se enfrentan a una situación de salvaguarda que, posteriormente, los llevará a explorar nuevos contextos y formas de vida. En el marco del conflicto armado en Colombia, el hombre (guerrillero o paramilitar) transforma al mismo hombre (las víctimas), hasta el punto de llevarlos a adoptar su condición de desplazados y, más adelante, de personas desarraigadas que comienzan a extrañar sus fincas, vecinos y/o familias.

María Teresa Uribe, en su texto *Notas para la conceptualización del desplazamiento forzado en Colombia*, nos plantea que la intensificación del conflicto en las zonas donde se presenta el desplazamiento, agudiza la presión que los actores armados han ejercido sobre la población, haciendo más comunes las extorsiones y secuestros, y obligando a las personas a serles leales, obedientes y a guardar silencio. “En estas zonas en disputa entre poderes alternativos, es donde se presentan formas de desplazamiento forzado masivo y definitivo y de las cuales proviene la mayor cantidad de personas desarraigadas” (Uribe, 2000, p.66).

Uribe, además, señala que los desplazados colombianos no tienen que abandonar la nación, les basta con moverse entre las fronteras de su país y situarse por fuera del territorio

controlado por el poder insurgente con pretensión de soberanía que los expulsó, para poner sus vidas a salvo.

En Colombia, los desplazados forzados no pierden sus derechos nacionales y ciudadanos por un acto legal, ni son obligados a cruzar las fronteras para refugiarse en otros países (el desplazamiento es predominantemente interno), pero el desarraigo de sus lugares de residencia sí se sustenta sobre "una orden", sobre un acto de fuerza de un poder armado con pretensión soberana, que impone su ley y al cual es necesario obedecer para salvar la vida. (Uribe, 2000, p.54)

Por su parte, Catherine Salazar Vargas, a través de su experiencia como migrante señala que en ese proceso de destierro se viven cuatro fases: el abandono, la llegada al destino y deseo de retorno, xenofobia y la adaptación definitiva (Salazar, 2015-2016). 1) el abandono:

Al emigrar se experimentan diversas sensaciones, todas muy confusas, pero cabe destacar el dolor por la pérdida de los vínculos afectivos unido a un prematuro deseo de retorno que, a modo de mecanismo de defensa, recuerda que el abandono será temporal, y aunque "temporal" no esté definido del todo, la creencia es que va a ser breve. (Salazar, 2015-2016, p.22)

2) La llegada al destino y deseo de retorno: en esta fase el dolor se disipa, dejando lugar a la curiosidad y al deseo de explorar, de conocer, pero también añade que el extrañamiento y la nostalgia por lo propio regresan (Salazar, 2015-2016). 3) Xenofobia: Antes de entrar en el análisis que propone Catherine, debemos tener en cuenta que la xenofobia se refiere a una ideología que consiste en el rechazo de identidades culturales que son diferentes a la propia, específicamente a la de los extranjeros. En esta investigación no podríamos hablar precisamente de xenofobia, pues en este caso el destierro y la búsqueda de un lugar se da dentro del mismo país. Sin embargo, Catherine dice:

El miedo a lo desconocido y a que la persona que llega se apodere de lo que es propio, genera en los individuos del lugar de destino una actitud de rechazo que puede derivar en situaciones incómodas para el migrado, que agravan la sensación de no pertenencia, el sentirse ajeno a un lugar que ya de por sí no reconoce como suyo. (Salazar, 2015-2016, p.22)

4) Adaptación definitiva: Catherine Salazar (2015-2016) nos plantea que la última fase, de acuerdo a su experiencia, se da cuando la cicatriz de destierro separa dos vidas: la que tenía antes y la que tiene ahora. Podríamos decir que es la fase en la que el sujeto ha logrado establecerse en un nuevo lugar y ha aprendido a sobrevivir dentro del mismo.

Ese proceso de despojo, en el caso de las víctimas del conflicto armado, se manifiesta mediante la nostalgia al abandonar lo propio. Alberto Tabares (2019) cuenta que vivía con sus abuelos, y para ellos siempre fue difícil abandonar la finca que habían cultivado durante toda su vida. Él nos habla sobre el momento en el que su familia se vio obligada a salir de su vereda, dejando entrever un vínculo muy fuerte que sienten ciertas personas con sus fincas y el riesgo que corren con tal de no abandonarlas.

“Ya todo caliente, todo alborotado eso. Mucha gente se vino, todo mundo no, porque se hacían matar más bien que dejar lo que tenían por allá” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

El alejamiento de sus territorios crea en ellos un sentimiento de temor que, a su vez, puede desencadenar el deseo de olvidar un hecho que le ha dado un giro a su identidad (dejar de ser alguien para comenzar a ser otro). Asimismo, el desarraigo transforma el “ser” en la medida en que este ha sido permeado por un acontecimiento particular que cambia, en gran dimensión, las prácticas cotidianas y la visión que tienen sobre la vida. “Para los seres humanos que viven estos procesos, el cambio rápido puede provocar situaciones de *desarraigo* (...) Estos procesos de desarraigo, paradójicamente, llevan también a una búsqueda renovada de raíces, de un sentido de pertenencia, de comunidad”² (Jelin, 2001, p.1). De esta manera, el desplazado adopta una serie de acciones que ha aprendido en un entorno que le ha ofrecido más protección y seguridad.

De igual modo, es necesario decir que el conflicto armado puede generar pérdidas físicas que involucran tanto cicatrices (marcas) como la pérdida de miembros del entorno familiar o social, que implican el abandono de sus casas (en gran dimensión, de sus fincas), muchas veces de inmediato. Otros individuos, por el contrario, optan por arraigarse en su territorio, dejando al lado los temores y aceptando su realidad. En esta investigación, el estudio del desarraigo a partir de los tres casos analizados, se da en el marco del conflicto armado en Colombia, específicamente por situaciones de violencia entre grupos armados que se disputan el territorio.

“Mi mamá se encontraba a los guerrillos o al ejército por ahí, y ellos le preguntaban que si no le daba miedo andar sola y ella les decía que “si uno se ha de morir, se muere”” (D. García, comunicación personal, 12 de octubre de 2019).

Teniendo en cuenta el testimonio de Dora García, podemos comprender que ese proceso de despojo es muy difícil para las personas de la tercera edad (en este caso, su mamá), más frecuentemente entre quienes han vivido desde su infancia en estos lugares. Para estas personas puede llegar a tener más valor el hecho de esperar la muerte en un lugar del que se sienten parte, no excluidos. Entre más edad tienen los desplazados, más claramente se revela en su lenguaje el apego y el arraigo que sienten por sus territorios, por los vínculos sociales que han establecido y

² Jelin señala que el desarraigo se da por desplazamientos y migraciones (a veces impuestos por situaciones de violencia política o de carencia económica) o por disrupciones ligadas a transformaciones económicas y políticas que se dan en un mismo lugar –en el que se ha nacido y crecido. (Jelin, 2001, p.1)

por la vida que han logrado construir en el lugar; ese vínculo los lleva a ser más sensibles al desarraigo que sienten por la desterritorialización a la que se han visto abocados.

Ahora bien, el desarraigo se expresa a través de un *antes*, un *durante* y un *después*, siendo el “después” el punto de quiebre de los lazos que se mencionaban anteriormente. Cuando el desplazado logra hacer catarsis de su realidad, consigue, al mismo tiempo, desprenderse (en parte) de aquellos elementos que le han dado una identidad; si bien el individuo ha vivido una serie de episodios que marcan un hito dentro de su experiencia, y estos llevan a darle un giro total a su existencia, aún hay un vínculo que se manifiesta en los rasgos identitarios que posee cada persona, en quienes sigue primando el miedo. Así el sujeto reinventa su vida, está conectado a un pasado irrevocable.

Aunque las emociones son una de las formas en las que se expresa el desarraigo, la vida cotidiana, los vínculos sociales y la pertenencia a un lugar se componen de elementos muy variados, con una carga simbólica que le da sentido a la existencia y que se manifiesta en el lenguaje, y que nos da muestras muy importantes sobre la presencia de un desarraigo *v.* Nos referimos a las formas de expresión de las personas desplazadas: su vocabulario, los gestos, su vestimenta, la decoración de sus casas, las costumbres, las rutinas, las actividades económicas, la gastronomía, etc., Todos estos elementos configuran la vida familiar y social del sujeto, están integrados en el lugar y configuran en gran parte su identidad. Por ello, para hablar de desarraigo es necesario señalar la pertenencia a un lugar, a un territorio cargado de significaciones y actuaciones con las cuales el sujeto se siente plenamente identificado y de las que se siente parte. El desplazado pertenece física, social, afectiva, cultural y económicamente a un territorio, y el desarraigo se da cuando se ve obligado a abandonarlo.

1.1. Territorio. La palabra territorio proviene de la palabra griega “territorium, cuyo significado es “extensión de tierra dividida políticamente”, asimismo, la Real Academia Española nos da a entender que el territorio es la “porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc.”. Pero el territorio va más allá del espacio físico, desde una mirada más amplia podemos definirlo como el espacio donde convergen una serie de acontecimientos que enmarcan la historicidad de los individuos, sus formas de vida; el territorio es el escenario en el que los sujetos construyen una sensibilidad con su entorno y una realidad particular.

El «territorio» es un constructo social que sintetiza los cambios de lógica de los agentes que participan en su construcción y por lo tanto, posibilita visualizar los procesos en los que están involucrados estos agentes, a partir de posiciones diferentes y con el ensayo de estrategias diversas. (Tomadoni, 2007, p.6)

No obstante, para quienes han tenido que abandonar forzosamente el territorio, hablar sobre el valor que este tiene para ellos genera confusión y resulta intimidante. Las respuestas más

comunes reflejan sentimientos, la necesidad de hallar un trabajo, así como el intento por comprender la manera en que perder el territorio los obligó a transformar su estilo de vida, sus prácticas cotidianas y sus relaciones sociales.

“La tierra no es mía pero el valor para mí es que nos dan empleo [...] ¿Porque si no fuera así qué?” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

“El trabajito estable pa’ las personas. Imagínesse que por allá salíamos, vivíamos súper bueno también” (D. García, 4 de noviembre de 2019)

“El valor de mi tierra es que jamás mataran más, que no volvieran a matar porque yo le digo una cosa: vea, el único que tiene derecho a llevarse a uno es Dios, que fue el que nos dio la vida a nosotros para vivir” (C. Pérez, comunicación personal, 6 de enero de 2020)

Como se puede observar, la noción de territorio está asociada a la estabilidad laboral y, por ende, a la estabilidad económica, tal como se evidencia en Alberto, quien trabaja sin importar en qué labor económica, aunque manifiesta que prefiere los cultivos de café que los de caña. En el caso de Dora, la importancia del territorio radica en las relaciones vecinales que se dan dentro de las comunidades: salir a caminar o a visitar un familiar o amigo, ir a la tienda, etc. Y finalmente, el caso de Claudia está vinculado con la necesidad de vivir con tranquilidad.

De acuerdo con lo anterior, y con el propósito de comprender mejor la problemática del desplazado y el proceso de desarraigo al que se ve enfrentado, proponemos un análisis del territorio a partir de cuatro miradas: física, social, emocional y desde el lenguaje:

1) Territorio físico: es el espacio donde se sitúan los individuos en colectivo, generando lazos entre ellos que llevan a la conformación de culturas. El territorio físico viene siendo el que podemos ver y palpar, es aquel que se puede cultivar y habitar; es necesario para que los seres humanos puedan sobrevivir.

El territorio ha tenido, de forma tradicional, una consideración física y geométrica predominante. El territorio se ha identificado con el sustrato natural, más o menos modificado, en el que las diversas sociedades se desarrollan. Esta percepción de carácter naturalista o ambiental, muy arraigada en la geografía moderna, pero compartida, desde una perspectiva cultural, por la sociedad occidental sin excepción, ha proporcionado al territorio una cierta identidad con Naturaleza. Territorio y Naturaleza han venido a ser, en cierta medida, sinónimos. (Valcarcel, 1998, p.37-38)

Muy en la misma línea, Claudia Tomadoni (2007) plantea que el territorio es una construcción social en el espaciotiempo y aglutina todos los elementos que conforman el paisaje, añade además, que es la sociedad la que le da sentido y significación.

2) Territorio social: no es estrictamente algo que está vinculado con el espacio físico sino con los procesos políticos, culturales y sociales que ocurren dentro del mismo. El territorio social es cambiante si lo entendemos desde una perspectiva mucho más interdisciplinaria, pues todas las formas de socializar que se dan dentro de él no están determinadas de una vez y para siempre, varían en la medida en que dichos espacios son constantes receptores de individuos que provienen de sitios diferentes y que mantienen unas prácticas culturales distintas.

El territorio implica una delimitación simbólica que establece los adentros y los afueras en los sentidos de identificación de las gentes. La dimensión subjetiva es por tanto central al territorio; el territorio solo es pensable y comprensible en la medida en que se conozcan y descifren los contenidos y las maneras como los sujetos viven, experimentan, imaginan, piensan, proyectan e inscriben sus sentimientos de pertenencia, sus intereses, sus prácticas y poderes en él. Y para ello las representaciones sociales ocupan un lugar central. (García, 2006, p.79).

En el territorio social, entonces, es donde los individuos pueden generar relaciones cercanas con su entorno: participan de diferentes espacios mientras interactúan con las demás personas, creando amistades y vínculos vecinales. De esta manera, y como nos lo plantea García, la participación de estos individuos se ejecuta gracias a las prácticas culturales y sociales que el individuo ha adoptado durante toda su vida.

3) El territorio emocional: este se puede entender a partir de lo que le respecta al individuo como miembro de un lugar específico: sus raíces, sus afectos y, de cierta manera, el sentimiento de regionalismo. Este lo podemos asociar con los sentimientos, el “pertenecer” a un lugar y reflejarlo en su cotidianidad. Desde esta mirada, la noción de territorio se entiende como algo subjetivo, pues el sentimiento de arraigo se manifiesta de diferentes maneras en cada individuo. Stein (como se citó en Bailly, 1989), plantea lo siguiente:

El hombre es un actor geográfico, el lugar es su espacio vital; que todas las relaciones se mezclan en una madeja de lazos que transmiten nuestros sentimientos personales, nuestros recuerdos colectivos y nuestros símbolos, por lo tanto no puede existir una visión única de un lugar [...] basta con una emoción, un recuerdo, tal vez una tontada, para que el espacio, convertido en lugar, empiece a vivir. (Stein, 1987)

Asimismo, Entrikin (1976) (citado también en Bailly, 1989), dice que “el lugar «no es una colección de objetos y acontecimientos empíricamente observables, sino más bien el depositario del significado». Esos lugares dicen lo que nosotros somos” (p.12).

4) Territorio como lenguaje: esta visión articula las principales características de las tres definiciones anteriores. Ya como escenario comunicativo, el territorio debe ser físico, de interacción y de sentimientos. El territorio como lenguaje es aquél que está frente a nuestros ojos y que podemos interpretar; como un texto, nos permite hacer inferencias e interpretaciones a partir de los diferentes signos y símbolos allí presentes.

El territorio como lenguaje habla y se cuenta a través de diferentes formas, objetos, experiencias; en el marco del conflicto armado se cuenta a través de una bota, una prenda, una bala, un camino, un encuentro, una casa, un grafiti, etc. Como narración permite hacer una lectura de lo que ocurre en él (participación comunitaria, fiestas, reuniones sociales, acciones políticas, prácticas culturales, actividades de ocio y de recreación, intervenciones físicas en su arquitectura e infraestructura, etc.), de las dinámicas y de los sentidos que sus habitantes han construido al habitarlo y de las huellas que han dejado a su paso. Desde esta perspectiva, el territorio se amplía a las formas de interacción y de construcción simbólica de la realidad.

Esta interpretación del territorio como lenguaje puede ser interpretado desde tres dimensiones: *subjetiva*: porque cada sujeto puede interpretar el territorio de diferentes maneras a partir de su propia experiencia y de lo que significa para él. *Intersubjetiva*: como un producto social conformado por las personas que lo habitan el territorio posibilita una interpretación colectiva; interpretación que integra experiencias compartidas, e imaginarios sociales sobre lo que este les significa. *Objetiva*: ya que es posible interpretar los sistemas de significación, que como bien lo señala Roland Barthes “no aparecen en la superficie” y a partir de los cuales “se puede comprender el significado de los lugares, objetos y los comportamientos” (Barthes, 2003, p.11).

Teniendo en cuenta la definición que se ha hecho del territorio, podemos comprender entonces que el desarraigo implica la pérdida del mismo. En este sentido, es válido introducir el concepto de desterritorialización, al respecto Montañez y Mahecha nos dicen que “la desterritorialización se refiere a procesos de pérdida del territorio derivados de la dinámica territorial y de los conflictos de poder entre los distintos agentes territoriales” (Montañez y Mahecha, 1998, p.125). El desarraigo es entonces, una consecuencia de la desterritorialización, entendiendo este último concepto como la obligación de abandonar ese territorio físico, emocional y social del que se habló anteriormente, teniendo en cuenta todos esos elementos que unen a un individuo con un lugar. Más adelante, en el capítulo 3, profundizaremos más sobre este concepto.

1.1.1. Lo que heredé de mi tierra: costumbres. Las costumbres las podemos asociar con las relaciones sociales y las prácticas cotidianas. No obstante, mientras que las relaciones sociales y las prácticas cotidianas tienen que ver con el día a día de las personas, con su quehacer, las costumbres sería la forma que utilizan los individuos para expresarlas. Dicho de otra manera, las costumbres tienen su fundamento en la cultura; son la manifestación de unas actividades que están arraigadas al ser humano y desde las cuales se distinguen las comunidades.

La cultura como fundamento de las costumbres puede ser entendida desde tres miradas: la cultura desde la comunicación, concibiéndola como sistema semiótico en el que el individuo lee aspectos como los símbolos, la vestimenta, el lenguaje, su hábitat, alimentación, etc.; la cultura como almacenamiento de conocimientos (científico, intuitivo, las creencias, el sentido común); y por último está la cultura como visión del mundo, donde se incluyen todo tipo de reflexiones

intelectuales, filosóficas, religiosas, etc. (Giménez, 1996). Esto nos lleva a entender que todas las prácticas propias de una persona desplazada (esas que han sido heredadas generación tras generación) siempre tienen las características mencionadas, y estas tienden a reproducirse y a transformarse, especialmente en el momento de la ruptura con el territorio y su posterior estadía en un lugar desconocido.

De acuerdo con lo anterior, podemos decir que en las personas desplazadas por el conflicto armado en Colombia, todos esos elementos semióticos que son más evidentes son aquellos que están relacionados con el lenguaje ya que, por lo general, pronuncian algunas palabras de maneras distintas a las que se conciben como “correctas”, e incluso dicen algunas que dentro del contexto coloquial andino no se conocen (peleadores, topetear, candelero, mandón, etc.). Contrario a lo anterior, aspectos como la vestimenta, la decoración de sus casas e incluso la alimentación no se diferencian de la cultura andina, o por lo menos así lo dejan ver las tres personas centro de esta investigación.

De la cultura como almacenamiento de conocimiento y como visión del mundo no son muchos los detalles que se pudieron observar, pero los hay. Claudia, por ejemplo, cuenta que cada que llega el mes de diciembre siente que su ánimo cambia mucho, ya que para ella ese mes evoca tristeza, y extraña con más intensidad a su familia (aún residente en Tarazá), pues ella prefiere salir a compartir con sus familiares en fechas como: el 24, 25 y 31 de diciembre. También es válido decir que tanto para ella como para Dora y Alberto, la tranquilidad es uno de los aspectos más importantes para vivir con dignidad, así como la necesidad de salir a las calles (de cualquier municipio) y no sentir la presión de los actores armados. Además, la religión se manifiesta con mucha frecuencia dentro del discurso de estas personas, pues todos tres son católicos y muy a menudo hablan de Dios y, en uno de los casos, sobre la cristiana sepultura. Lo anterior nos lleva a entender que la religión representa para ellos una fuente de conocimiento, valiéndose de ella para instruirse en algunos temas y como fuente de explicación milagrosa de algunos fenómenos.

Además de esto, también podemos decir que las costumbres se manifiestan de maneras muy particulares sobre todo en las personas desplazadas. Como ya se ha mencionado, en muchos de los casos, cuando estos sujetos salen de sus casas y no saben dónde llegarán, comienzan a explorar y a encontrarse con nuevas formas de vida que, de manera inesperada, transforman su cotidianidad; adaptarse a estos espacios se convierte en una de las principales necesidades y si bien, transformar al ser humano no es algo inmediato en estos contextos, es necesario acostumbrarse a los nuevos estilos de vida. Se vuelve necesario acoger prácticas ajenas para poder sobrevivir, ya que se dan cuenta que poco de lo que realizaban en sus tierras les sirve en esos momentos; uno de los casos objeto de estudio deja en evidencia la necesidad de aprender a vivir y a sobrevivir en el municipio de Andes, debido a que se vio enfrentado a un momento en el que no sabía nada. Cuando eso ocurre, se puede decir que los desplazados, a partir de sus experiencias y aprendizajes, comienzan a darle un nuevo rumbo a sus vidas.

“En esa primera cosecha me fue mal porque como no estaba acostumbrado a coger café entonces me fue mal” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

Ese testimonio nos ilustra la dificultad que enfrentan los desplazados cuando van a desempeñarse en una labor que apenas conocen, y que deben aprender a desempeñar rápidamente, pues este aprendizaje no solo es un reto, sino un asunto prioritario. Esto no quiere decir que ellos no tengan la capacidad para realizar dichos trabajos, pues durante toda su vida (por ejemplo, Alberto), se han dedicado a la labor campesina, y gran parte de su conocimiento gira entorno al campo, razón por la cual, pese a que el contexto cafetero no ha sido el suyo, ellos poseen un conocimiento importante sobre el agro y la vida rural, desde el cual también tienen algo que aportar.

Es importante resaltar que esas costumbres, que se reflejan no sólo en su trabajo sino en las distintas formas en que se expresa su cultura, su lenguaje y su conocimiento, impactan fuertemente sus prácticas cotidianas y a la forma en la que los individuos se seguirán relacionando con quienes están a su alrededor.

1.1.1.1. Relacionarse antes del desplazamiento. El conflicto armado en Colombia nos permite hacer un análisis de las formas de vida y las relaciones sociales predominantes en los territorios que han sido marcados por acciones de los actores armados. Para comprender estas formas de relacionamiento social propias de un desplazado es necesario tener en cuenta dos miradas: la primera tiene que ver con las interacciones, las creencias, las prácticas cotidianas, sociales, económicas, etc., que tenía el desplazado dentro del territorio que habitaba antes de presenciar el conflicto armado, y la segunda, concluye en las transformaciones que han sufrido los desplazados mediante su llegada al nuevo lugar.

“Los vecinos míos quedaban como de aquí a allá³ [...] nos íbamos a caminar, nos íbamos pa’ la tienda [...] un día nos fuimos pa’ una quebrada a sacar pescados. Hacíamos cocinado” (C. Pérez, comunicación personal, 6 de enero de 2020)

De esa manera, relacionarse antes del desplazamiento tiene que ver con todo lo que los seres humanos crecen viendo y las actividades que aprenden de su lugar de residencia, por ejemplo, cuando Claudia nos cuenta que disfrutaba ir al río en Tarazá, nos permite entender que ese tipo de actividades hacen parte del cotidiano de quienes habitan esa vereda, sobre todo en la época que ella vivió en tal municipio. Para explicar esto a partir de la teoría, nos referiremos a un concepto de Berger y Luckman (1997), quienes hablan de la pérdida de lo dado por supuesto, entendiendo, en gran medida, que el individuo sabe algo del mundo, cómo comportarse en él, qué es lo que razonablemente puede esperarse y, además, sabe quién es (p.79). Asimismo, Martha Nubia Bello, nos dice que el desplazamiento destruye comunidades (identidades

³ Aproximadamente 150 metros de distancia

colectivas) en tanto desestructura mundos sociales y simbólicos, y provoca una ruptura en lo “dado por supuesto” (creencias, valores, prácticas, formas y estilos de vida).

Las personas en situación de desplazamiento, individuos, familias o colectivos, se ven obligadas a perder y abandonar no sólo pertenencias y propiedades (territorios geográficos), sino relaciones y afectos construidos históricamente con el entorno, expresados en las maneras propias de vivir y sentir la región, y con los vecinos y familiares (territorios de vida). (Bello, 2002, p.111)

De lo que nos plantea Bello hablaremos más adelante, en el capítulo 3, donde se hará énfasis en las relaciones sociales que desempeña el desplazado cuando llega a otro lugar.

Para concluir esta parte de la investigación es necesario hablar de las relaciones sociales antes del desplazamiento es referirse a la realidad con la que crecieron estas personas. Son todas las relaciones vecinales que forjaron a través del tiempo y los espacios que más frecuentaban; en resumen, en esta primera parte del trabajo, entenderemos que las relaciones sociales tienen que ver con la capacidad que tenían estas tres personas para desenvolverse dentro de sus territorios de origen. En ese sentido, las relaciones sociales se dan en escenarios donde los sujetos interactúan y pueden actuar en conjunto.

1.1.1.2. Cotidianidad en la tierrita. Hablar de prácticas cotidianas nos remite a todo lo que respecta a las actividades que realiza el individuo en su día a día, que de cierta manera están mediadas por su entorno y lo que sus actores conciben como lo normal. Entre las más comunes podemos encontrar el trabajo y las labores domésticas (en el caso de Dora y Claudia), de esta primera se hablará en diferentes apartados de esta investigación, debido a que representa una gran necesidad para los implicados. Dicho de otra manera, las prácticas cotidianas tienen que ver con lo que el espacio le permite hacer a las personas.

En ese sentido, hacer parte de un gremio económico nos sitúa, en gran medida, en las prácticas cotidianas que vive cada individuo, y representa parte de la cultura de un territorio, por ejemplo: el café es el principal referente de los departamentos de Risaralda, Quindío y Caldas, el banano del Urabá antioqueño, la pesca de la costa caribe, etc. En gran medida, las costumbres de quienes crecen en estos entornos giran en torno a estas actividades.

Cuando nos referimos específicamente a las víctimas del conflicto armado, particularmente a las que han participado en esta investigación, nos encontramos con un aspecto muy evidente: la necesidad de un trabajo, y vemos como dicha búsqueda está marcada por la actividad que desempeñaron durante gran parte de su vida pero que, por motivos del desplazamiento, tuvieron que suspender para comenzar a aprender de una nueva actividad económica. Estas tres personas se dedicaban a labores distintas: Alberto trabajó desde su niñez

con el cultivo de caña, Claudia cuenta que su esposo trabajaba “raspando coca”⁴, y Dora manifiesta que su esposo trabajó con la siembra y cuidado de verduras. En todos los casos se concluye en un mismo punto: al llegar a Andes comienzan a trabajar en torno a la producción cafetera, lo que representa un cambio evidente y muy significativo en su cotidianidad.

El caso de Claudia Pérez, como se ha podido ver en algunas de sus palabras, dejó en evidencia que además de laboral, hay un vínculo mucho más fuerte con el territorio y ella; mientras vivía en Tarazá tenía la libertad de salir tranquilamente con sus amigas a caminar, especialmente a disfrutar de algunas cascadas y de los árboles de mango que adornaban sus caminos. Eso nos lleva a plantear que los sujetos establecen unas actividades que sólo se podrían realizar en un espacio en específico y que cada vez hacen más normales sus relaciones dentro de la comunidad. Esas actividades que Claudia realizó durante varios años llegaron a su fin el día que ella se vio obligada a salir de Tarazá, pues en estos momentos, cuenta, permanece casi todo el tiempo en su casa o donde su única amiga, nunca va al río y pocas veces sale a caminar con su hija.

1.1.2. Pertenecer a un lugar. Todo individuo es parte de un lugar y eso se evidencia, entre otras cosas, en sus diferentes vínculos sociales y culturales, por eso, aunque el territorio está dividido geográficamente, no podemos decir que una persona nacida en el departamento de la Guajira tiene las mismas costumbres que alguien que nació en Antioquia; esas diferencias culturales se reflejan en sus prácticas cotidianas y son parte importante del vínculo que cada sujeto tiene con su territorio de origen. La adaptación de un individuo a un nuevo espacio, a una nueva cultura y a unas nuevas costumbres, depende en gran medida de sus destrezas personales y sociales, del conocimiento acumulado, así como de su disposición para insertarse en dicha cultura. No obstante, esta adaptación no depende sólo del individuo que llega a un lugar nuevo; la percepción y acogida que le brinden sus nuevos vecinos es clave en ese proceso. En este sentido, la adaptación es un asunto que va en doble vía (de los desplazados y de los Andinos), ambos se adaptan y se transforman; las costumbres propias de un sujeto (los desplazados) son moldeadas de acuerdo al entorno en el que se desenvuelve (Andes) y eso lo hace diferente a otras comunidades.

“Eso fue muy complicadito. Empezar los niños a coger cafecito porque llegamos en cosechita de café y ahí a conseguir ollitas, que cositas.” (D. García, comunicación personal, 4 de noviembre de 2019)

Uno de los aspectos que más llama la atención en los testimonios de estas tres víctimas del conflicto armado en Colombia, es que no conservan nada de las pertenencias que tenían en los lugares de donde fueron desplazados. Particularmente, las tres personas tuvieron que salir inesperadamente de sus casas sin tiempo de recoger los enseres de mayor necesidad. Dos de ellas (Dora y Alberto) cuentan que rápidamente debieron empacar un poco de ropa; por su parte, la

⁴ Trabajo manual que consiste en la recolección de las hojas de coca. En Antioquia esta actividad se da principalmente en las subregiones del Bajo Cauca y el Magdalena Medio.

otra víctima (Claudia), afirma que no tuvo tiempo de salvar nada ya que esa fue la primera y última vez que tuvo contacto con los actores armados. En ese momento les dijeron que debían irse porque su casa sería quemada.

“Ellos llegan y dicen desocupen que vamos a quemar esto [...] Nosotros íbamos subiendo el filo cuando le prendieron candela, pero dando la suerte que ahí no había ni gallinas, ni marranos ni perros porque nosotros ya habíamos vendido todo eso. Porque nosotros ya habíamos pensado salirnos de allá [...] nosotros más asustados, yo le decía a él: “Apenas es que nos alcancen y nos guinden a bala”” (C. Pérez, 6 de enero de 2020)

Con este testimonio se explica, en gran medida, cómo se presentan todos esos elementos que dan cuenta de su identidad. Todas esas formas de expresión a partir de lo material cuentan historias, evidencian las particularidades y diferencias que hay entre las comunidades. Para dar un ejemplo, podemos observar como en el Eje Cafetero y parte de Antioquia es típico el uso del “poncho”, Andes no se escapa a esa tradición, además de conservar otras costumbres muy típicas de las regiones productoras de café como: el uso del sombrero, el trabajo de los arrieros, pero también de ser un municipio que además de café, se caracteriza por la producción de plátano (otra labor que ocasionalmente ha desempeñado tanto Alberto como los esposos de Claudia y Dora); esos son detalles que se mantienen dentro del imaginario de las personas y que, de alguna manera, los puede ayudar a ubicarse dentro del espacio. En el caso de Claudia podemos afirmar que, al salir solamente con la ropa que llevaba puesta, de la única manera que recordaría todos esos momentos que vivió en la finca que habitaba en el momento de ser desplazada, sería a través de los recuerdos, ya que no hay objetos que la remitan a ese pasado; aun así, hay un detalle que también permite evidenciar el vínculo con su pueblo y la necesidad de quererlo recordar:

“Y yo digo, yo tengo que volver a Tarazá si Dios quiere a comprar algo de allá [...] yo no sé, quiero traerme como algo de allá, como una blusa, un leggins. Algo así” (C. Pérez, comunicación personal, 6 de enero de 2020)

Elizabeth Jelin (2001) plantea que, en todos los casos, hay un “yo” y un “otro/a”, un “nosotros/as” y un “ellos/as”, una clasificación del mundo en dos categorías de personas. Según ella, esto establece una vida normal. Sin embargo, agrega que “no hay nada en la naturaleza biológica de la humanidad que ubique a las personas o grupos en tales categorías diferenciadas” (p.2). En ese sentido, entendemos que la clasificación entre las personas es muy subjetiva; no podemos diferenciarlos porque todos somos un “yo” y el “otro” de las demás personas.

Los pueblos y las culturas definen y construyen esos “nosotros” y esos “otros” como parte de sus procesos históricos. Es bien sabido que lógicamente es imposible establecer un principio de identidad sin al mismo tiempo establecer un principio de diferencia. Pero quiénes están de un lado de la línea o del otro, y cuál es la actitud frente a esos otros, es variable y depende de circunstancias y contingencias históricas. (Jelin, 2001, p.2)

En ese sentido, pertenecer a un lugar es, entonces, haber establecido un vínculo con el territorio, en el que todos los rasgos de ese “yo” pueden llegar a interferir en la construcción de un nuevo concepto: un nosotros.

El territorio al que pertenecen estas personas, visto como su espacio de interacción y participación, termina siendo el objeto del desarraigo en ellos, representando un valor político y económico entre quienes se lo disputan (las guerrillas y grupos paramilitares). Así, y para concluir este apartado, podemos decir que el poder que se disputa en estos territorios, trae como consecuencia el desplazamiento de decenas de familias, generando en ellas una desterritorialización en la que no sólo se pierde ese territorio físico sino el emocional y el social, y con él todas sus prácticas cotidianas y relaciones sociales.

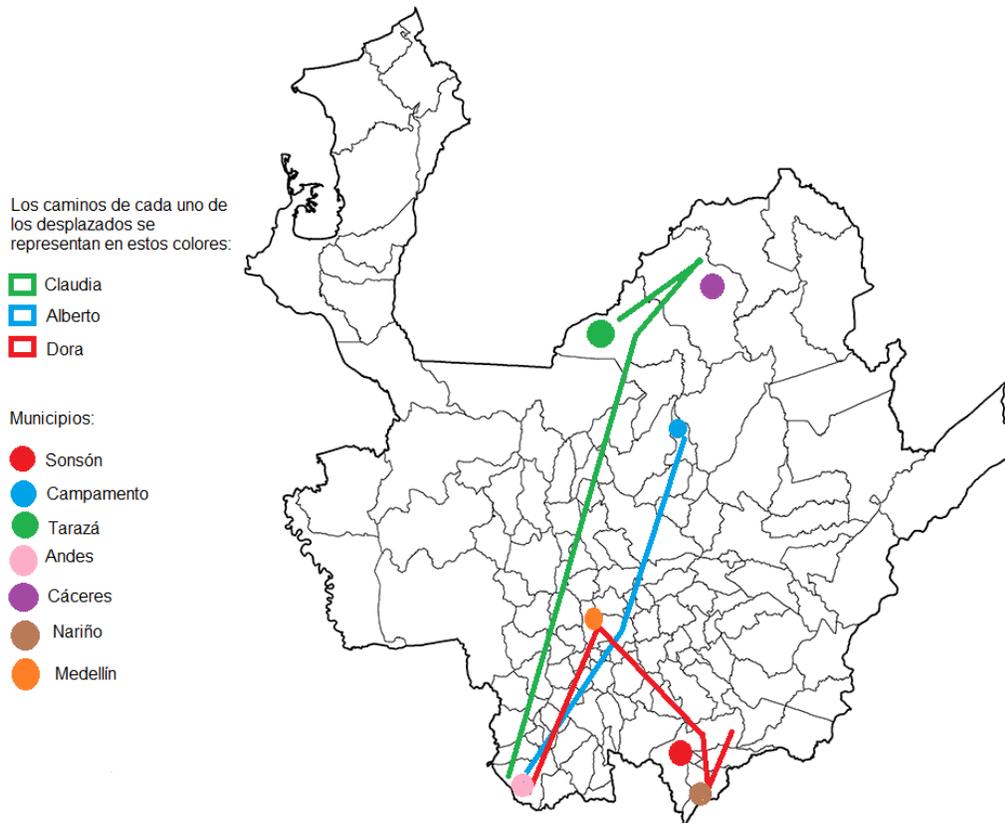
Capítulo 2

2. *Desplazamiento*

Para comprender y contextualizar lo que es el desplazamiento forzado se hará un breve acercamiento con lo que propone Haydi Duque (2000), quien dice que el desplazamiento trae consigo una desestructuración de referentes socioeconómicos y afectivos, y la ruptura del tejido social, a partir de un proceso expulsivo que deja a quienes lo sufren enfrentados a la absoluta incertidumbre (p.174). Este planteamiento lo podemos complementar con Martha Bello (2001) cuando afirma que “quienes se desplazan lo hacen porque sienten que su vida o la de sus familiares peligran; desplazarse es, por lo tanto, una estrategia de salvaguarda y de conservación de la vida y de la unidad familiar” (p.11).

“Después del candelero nosotros seguimos allá, mucha gente. Ya a lo último lo amenazaban a uno, que tenía que irse, que si no querían que les pasara nada. Abrirse. O sea, ya amenazaban a la gente, que se tenía que ir” (A. Tabares, comunicación personal, 17 de noviembre de 2019)

Ese deseo de salvaguarda lleva a los desplazados a ser partícipes de un recorrido del que son protagonistas, y en el que comienzan a vivir experiencias que no tenían previstas. El sufrimiento se convierte en parte de su cotidianidad y el deseo de retorno se manifiesta con más frecuencia. Para comenzar a entender el fenómeno del desplazamiento a partir del recorrido al que se enfrentan las víctimas, presentamos un mapa con los trayectos de Claudia, Dora y Alberto, seguido de la contextualización de cada caso y de dicha problemática dentro del país:

Figura 1**CAMINOS**

En la figura 1 se puede observar el trayecto de las tres víctimas del conflicto armado que hacen parte de esta investigación. Las líneas verdes muestran el recorrido de Claudia desde su infancia hasta que llega al municipio de Andes; como se indicó al inicio de la investigación, ella es originaria de Tarazá, pero a sus catorce años se mudó para Cáceres con su marido. En el primer municipio, según ella, vivió el conflicto de una manera más directa, ya que reiteradamente veía grupos armados en su casa⁵. Caso contrario a su experiencia en el municipio de Cáceres, donde sólo tuvo contacto con personas armadas el día que fue desplazada. Posteriormente vuelve a su municipio por quince días hasta que deciden emprender camino para el suroeste de Antioquia.

La línea azul nos muestra el recorrido de Alberto, quien vivía en el municipio de Campamento, Antioquia hasta que su familia recibió amenazas de muerte, si no se iban. Luego

⁵ En 1990, por ejemplo, las FARC y el ELN atacaron la Base Militar de Tarazá terminando con un intento de toma de esta población y del vecino municipio, Cáceres. El saldo de este suceso fue de veintidós muertos entre guerrilleros y miembros de las Fuerzas Armadas. EL TIEMPO, 11 de noviembre de 1990.

deciden viajar juntos hacia Medellín, lugar que fue su casa varios años hasta que Alberto resuelve viajar a Andes a coger café.

Finalmente tenemos el caso de Dora (línea naranja), de las tres personas, ella es la que ha recorrido más lugares, aunque cabe anotar que muchos de esos recorridos son dentro de un mismo municipio. Ella es originaria de Sonsón, pero en algún momento de su vida vivió en Nariño. En ambos municipios vio cómo el conflicto se apoderaba poco a poco de la región y cómo algunos grupos armados aprovechaban para obtener grandes sumas de dinero mediante la implementación de las famosas “vacunas”. Después de ser desplazada se dirigió a la ciudad de Medellín con su familia, pero ya habiendo estado en otros municipios donde no obtuvieron resultados muy satisfactorios. Dos meses después se fue para el municipio de Andes por recomendaciones de un amigo de su esposo.

La huida de su territorio, comúnmente conocida como desplazamiento forzado, produce un quebrantamiento de la relación que tiene el individuo con su lugar de origen y esto, a su vez, representa, como ya lo hemos dicho, la pérdida de los vínculos sociales, políticos y económicos con el lugar de origen. Al mismo tiempo, su llegada a municipios que no han sido escenarios del conflicto armado, genera un cambio en la vida cotidiana de sus pobladores.

La estadía de los desplazados en estos lugares deja al descubierto diferencias culturales que pueden llegar a ser muy evidentes, y justamente esas diferencias son las que alteran e interfieren en las rutinas habituales y esenciales que configuran las relaciones sociales y comunicativas de una sociedad. En esta misma medida, los desplazados, entendidos como agentes sociales, también sufren cambios culturales a lo largo de su desplazamiento; ellos construyen un nuevo ser mientras aprenden nuevas formas de vida.

“La imagen que de sí mismos han construido históricamente las personas víctimas del desplazamiento (individual y colectivo) y que les ha permitido diferenciarse o distinguirse de otros y, al mismo tiempo, ser reconocidos por otros, es desestructurada y reconstruida a la luz de las nuevas realidades y posiciones sociales que están obligados a asumir”. (Bello, 2001, p.12 y 13)

María Teresa Uribe (2000), llama a los desplazados “apátridas de facto” y agrega que su expulsión sería el resultado de un acto soberano de un poder alternativo (p.54). Además, afirma que el desarraigo de sus lugares de residencia se sustenta sobre un acto de fuerza de un grupo armado con pretensión soberana, que impone su ley y al cual es necesario obedecer para salvar la vida, debido a que “la nación y el Estado al cual el desplazado pertenece no tiene soberanía sobre ese territorio porque su orden político no rige allí y porque la ley institucional es ineficaz para proteger sus derechos y para sancionar a quienes los violen”. Entendemos, de esta manera, que los controles que ejercen los grupos que se apoderan de dichos territorios, violan las normas que hay establecidas legalmente, imponiendo una nueva forma de gobernar en estos lugares.

Para María Teresa Uribe, los pobladores que han crecido bajo la égida del control guerrillero en Colombia aceptan y ven más efectiva la normativa de justicia que rige en el monte, aunque no desconocen el control que debe ejercer el Estado en estas regiones:

Para referirse a la otra normatividad (la insurgente) la nombran de diferentes maneras: "la ley del monte" en Urabá, "la ley de atrás" en el Bajo Cauca y el Magdalena Medio. Estos pobladores han manejado con relativa habilidad esa doble obediencia, aunque el poder fáctico de las guerrillas es el que tienen más cerca y el que demuestra mayor eficiencia en lo que tiene que ver con la tramitación de asuntos cotidianos (conflictos familiares o vecinales y delincuencia menor entre otros), mientras que el poder del Estado es poco eficiente y virtual. (Uribe, 2000, p.64)

Cuando Uribe nos habla de la presencia de los grupos paramilitares, señala que estos, vendiendo una ideología de seguridad, incursionan en puntos nodales como caseríos y veredas (lugares donde se asientan sus enemigos, la insurgencia) con el fin de fraccionar sus áreas de control y disminuir su capacidad de maniobra. "Para estos propósitos, el desplazamiento forzado y masivo de población deviene una estrategia central. De ahí que, para imponer un nuevo orden, impartan órdenes a los pobladores para abandonar la región y utilicen mecanismos de terror como las masacres y los ajusticiamientos colectivos" (Uribe, 2000, p.66).

En Colombia, el desplazamiento forzado no ha sido consecuencia únicamente del conflicto armado, también ha sido una herramienta de acumulación económica y de expansión de la gran propiedad. El desplazamiento se relaciona, entonces, con la aplicación de un modelo económico que privilegia la industria, el comercio y la acumulación de capital en detrimento de la economía campesina, y que para su desarrollo requiere obras de infraestructura como vías, transporte y energía. Estas obras demandan mano de obra barata y dominio territorial y, a su vez, esta problemática se relaciona con un sistema político estructurado históricamente, sobre la exclusión de las mayorías (que suelen ser los pobres) de los ámbitos de decisión económica y política de sus beneficios (González, 2002, p.43). Es importante aclarar que, en esta investigación, no es esta la razón que provocó el desplazamiento de las personas objeto de estudio, pues todas ellas (los tres casos) fueron desplazadas por causas del conflicto armado y por la disputa de poderes.

2.1. Perder el territorio. El abandono del territorio se ve inducido por acontecimientos que apuntan a la protección de la vida y del entorno familiar, como se ha expuesto anteriormente. En Colombia, el fenómeno de desplazamiento forzado a gran escala ha sido provocado por los grupos alzados en armas, la mayoría de las veces bajo la modalidad, comúnmente conocida como amenaza. A nivel nacional, por ejemplo, desde el año 2000 hasta el 2008 la Red Nacional de Información reporta las cifras más altas de desplazamiento en todo el país, siendo el 2002 el año con mayor número de víctimas (772.255). Además de este, existe el desplazamiento por cuenta propia, que es aquél que, aunque ha sido influenciado por enfrentamientos y otras situaciones

propias del conflicto armado, ha sido provocado por el miedo, no ha recibido amenazas directas pero sabe que la muerte puede llegar en cualquier momento y por cualquier motivo.

El desplazamiento en Colombia es un fenómeno extensivo, diluido en el tiempo, recurrente y continuo. Al respecto Gloria Naranjo nos dice:

Combina éxodos aluviales -familiares e individuales-, silenciosos y no visibles, con desplazamientos en masa que ponen en marcha, al mismo tiempo, pueblos enteros y pequeñas colectividades locales; a su vez, en el desplazamiento forzado se anudan huidas temporales y retornos azarosos, con el abandono definitivo de los lugares de origen y residencia. (Naranjo, 2001, p.3)

La pérdida del territorio conlleva a la pronta búsqueda de un lugar en el que los desplazados logran establecerse nuevamente y estabilizar su situación económica. Más que el establecimiento de lazos sociales, ellos buscan sobrevivir; encontrar un sitio donde vivir y un trabajo son sus principales motivaciones en un principio. Y si bien hay situaciones emocionales que se presentan en esos momentos, estas pasan a un segundo plano, al menos, temporalmente. Poco les importa que deban dedicarse a una actividad económica realmente nueva para ellos, lo que necesitan es un medio de subsistencia para darle continuidad a sus vidas, y eso implica (en los tres casos estudiados) perder todo vínculo físico y/o emocional con su territorio de origen.

Los desplazamientos forzados se dan, con frecuencia, bajo una orden de los insurgentes, y tanto las familias más adineradas como las más vulnerables se enfrentan a una misma situación: tener que abandonar el lugar; todos deben reinventar sus vidas. María Teresa Uribe se refiere a estas situaciones de la siguiente manera:

Los desplazamientos que ocurren en estas zonas son, en lo fundamental, selectivos y aluviales, varios precedidos de alguna orden directa; en otros casos, el desarraigo tiene que ver con la huida de los pobladores ante la presión ejercida por la organización armada para obtener el pago de "impuestos de guerra" (extorsiones) y para lograr los reclutamientos, o por el riesgo que implica que se los identifique con el enemigo. (Uribe, 2000 p.65)

Uribe también señala que vivir el conflicto armado implica acatar unas normas explícitas de comportamiento, que obligan al afectado a obedecer y a guardar silencio, de lo contrario, el infractor y su familia deben abandonar la zona, so pena de castigos más drásticos, incluida la muerte.

“El otro muchacho es que los guerrillos iban a meterse por allá [...] Entonces con otro muchacho que era vecino de nosotros, a ellos les preguntaban era por unos números de teléfono ¡Ay, Dios mío! Y que ellos no sabían cómo decir ni qué decían, entonces debido

a eso, ahí mismo los tuvieron un rato y eran investigándolos ahí hasta que resolvieron matarlos” (D. García, comunicación personal, 4 de noviembre de 2019)

María Teresa Uribe, plantea que los habitantes de territorios de dominio guerrillero, también pueden llegar a resultar desplazados por el desarrollo de operaciones militares de la fuerza pública y bombardeos. Muy particularmente en esta investigación, una de las víctimas cuenta que la causa de su desplazamiento se dio de manera esporádica; grupos armados incursionaron en su lugar de residencia y en menos de quince días ya sus miembros se refugiaban en las casas en mitad de los combates, posteriormente recibieron amenazas, si no se iban los mataban.

“Por allá el Ejército era como en aquel filo y la guerrilla metida en las casas, en el cañón, metidos abajo. Lo que pasa es que el Ejército tenía que bolear plomo así al aire porque no se podía entrar para las casas” (A. Tabares, comunicación personal, 17 de noviembre de 2019)

De esta manera comenzamos a ver que no sólo los grupos guerrilleros o paramilitares que hacen presencia en estas zonas son los culpables de que esos desplazamientos se generen en masa. Ellos (los insurgentes), combatiendo con sus opositores (El Ejército), generan miedo en la población afectada a través de cada uno de sus enfrentamientos; lo más notorio en el caso antes expuesto, es el uso del espacio familiar por parte de este grupo guerrillero como plataforma para su propia salvaguarda. Frente a este hecho, los pobladores de estas casas, por el contrario, se sienten vulnerados en la medida que su espacio íntimo es invadido. El Ejército, al mismo tiempo, es testigo del temor que causa en sus “protegidos” y se convierte en una institución que también genera desplazamiento.

2.2. Salir, moverse a un lugar incierto. La conservación del entorno familiar y de la propia vida son prioridad al momento de cambiarse, no solamente de casa sino de municipio e incluso de región o subregión (como en los tres casos que se presentan en esta investigación). La llegada de diferentes grupos armados a sus territorios puede acarrear pérdidas irreparables, por lo que es evidente el sentimiento de protección que destacan Claudia, Alberto y Dora, quienes, en la búsqueda de la tranquilidad y de la protección de sus vidas, deciden abandonar sus casas y perder gran parte de sus enseres.

“Yo era en un desespero horrible, como si yo no me debiera de ir, pero que me tengo que ir, yo no me debiera de ir, pero me tengo que ir” (D. García, comunicación personal, 4 de noviembre de 2019)

El momento en el que se genera el desplazamiento como tal, representa más que miedo, el deseo de sobrevivir, de salvarse y de salvar a su familia. Dora, muy particularmente, decide salir con sus hijos rumbo a un lugar seguro y tomar el primer vehículo de transporte público que encontrara; no hay un sitio de referencia fijo, hay un anhelo de no querer morir y eso implica llegar a la casa de un conocido temporalmente, buscar albergues y seguir el rumbo a un lugar

donde puedan recuperar un poco la humanidad, donde pueda convivirse como una familia “normal”.

“Ya entonces cogí yo y organicé a los niños, atranqué la casa, nos comimos cualquier cosa y por ahí a eso de la 1:30 p.m. o así, ya salimos y nos fuimos en una linia, pero ya si uno como volando en la mente, parecía como en una pesadilla. Eso fue lo más maluquito, dejando todo, así simplemente unas mechas en una estopita y ya” (D. García, comunicación personal, 4 de noviembre de 2019)

Abandonar el territorio físico no representa estrictamente un abandono al territorio emocional, porque el desplazado tiende a recordar algunos momentos, algo que para ellos puede ser: vivirlo de nuevo. “Se puede abandonar físicamente un territorio, sin perder la referencia simbólica y subjetiva al mismo a través de la comunicación a distancia, la memoria, el recuerdo y la nostalgia. Cuando se emigra a tierras lejanas, frecuentemente se lleva “la patria adentro”” (Giménez, 1996, p.15). Muy frecuentemente, entre la población desplazada que colaboró con esta investigación, todos estos sentimientos se manifiestan, en gran magnitud, a través de su deseo de retorno y los recuerdos de lo que ocurría en aquél entonces.

2.3. Padecer. Sin duda alguna en este episodio las víctimas se enfrentan a un período de tiempo lleno de incertidumbre más que de miedo. Este último se manifiesta en el momento que el conflicto llega a sus vidas, generando todo tipo de reacciones y cambios en las relaciones sociales y en sus prácticas cotidianas, mientras que la incertidumbre se presenta posterior a ello; son más frecuentes las dudas debido a que no saben qué harán a partir de ese momento, y sólo logran disiparlas en la medida que comprenden la magnitud del fenómeno del desplazamiento, dando lugar a la aceptación de lo que están próximos a vivir. Por lo tanto, el abandono del territorio por parte de los desplazados también deja como consecuencia, en muchos casos, una ruptura en la relación que tienen algunos de estos finqueros con sus propiedades. Uno de los casos de este estudio, evidenció precisamente la pérdida de lo propio; la relación que tenía este individuo y su familia con el cultivo de caña quedó sólo en los recuerdos; fue una práctica a la que le dedicaron toda su vida, pero en un momento inesperado perdieron toda conexión con ese territorio y la producción de este cultivo.

“Ya cuando menos pensó nos dijeron a mucha gente que nos abriéramos de por allá que ellos se iban a quedar por ahí. Que si no queríamos que nos pasara nada que entonces nos abriéramos de por allá” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

Estas pérdidas se ven reflejadas momentos después de haber vivido el conflicto. Las consecuencias que acarrea esto se evidencian en las emociones de los individuos, debido a que ellos sienten, por un periodo de tiempo, que han perdido todo y que les será difícil adaptarse a un nuevo entorno. Por esto, cuando hablamos de ‘padecer’ hacemos alusión a algo que está vinculado con el sentir, en este caso con el fenómeno del conflicto armado que se ha vivido durante décadas en Colombia. ‘Padecer’ puede relacionarse con sufrir, pero es un momento que

se presenta después de los hechos violentos. También podemos decir que padecer es impactar abruptamente a una persona, hasta el punto de perder el control de una situación que los está afectando directamente. “El desplazamiento trae consigo una desestructuración de referentes socioeconómicos y afectivos y la ruptura del tejido social a partir de un proceso expulsivo que deja a quienes lo dejan enfrentados a la absoluta incertidumbre” (Duque, 2000, p.227).

Conviene subrayar que perder un familiar o un amigo es una de las formas en las que el desplazado se enfrenta a eso que en esta investigación hemos denominado “padecer”. Las desapariciones suelen ser muy comunes en el marco del conflicto armado en nuestro país, por lo tanto, el sufrimiento que viven los familiares de estas personas que salen de sus casas y nunca regresan, es enorme. En ese sentido, padecer es algo que puede perdurar en el tiempo y que genera todo tipo de inquietudes cuando no se encuentra una respuesta pronta.

Asimismo, quien padece lo expresa a través de gestos, objetos, palabras, símbolos y, tal vez, en rastros. Claudia cuenta un poco sobre dos casos de personas desaparecidas que eran muy cercanas a ella: su papá y el papá de su hermana menor; del suyo sabe que nunca volvió desde cuando ella sólo tenía un año de edad y que, al parecer, tenía vínculos con algún grupo armado y nunca quiso aislarse. Del padre de su hermana sabe que el único rastro que dejó fue una bota, ahora la bota puede ser la representación de varias cosas: un rastro (como ya se dijo), una pérdida o la expresión del mismo conflicto armado; esa bota abandonada, representa lo que produce esta problemática dentro del contexto colombiano, el sufrimiento que deben vivir centenares de familias del país, en otras palabras, una guerra sin fin. Para ella, esa bota es un recuerdo, es el último que dejó esa persona.

En esta fase que hemos denominado padecer, los desplazados se ven obligados a vivir en medio de la incertidumbre hasta que logren estabilizar su situación económica. Para ello, comienzan a explorar qué lugar les ofrece condiciones mucho más favorables y beneficiosas para sus familias. La búsqueda de ese lugar es consecuencia de ese “padecer” porque se padece mientras se busca trabajo y casa; por lo tanto, siempre se está con la incertidumbre de lo que se viene para sus vidas.

2.4. Buscar un lugar. Una de las principales necesidades a las que se enfrentan los desplazados es la búsqueda de un lugar, teniendo en cuenta que el conflicto les sigue despertando miedo, sin importar el lugar en el que se encuentren. Uno de los casos que se conoció a través de esta investigación, deja en evidencia el temor de la víctima a ser atacado en cualquier momento y en cualquier lugar, así esté alejado del sitio donde vivió el conflicto.

“Yo después de que llegué por acá a esas fincas, como todo el mundo es haciéndole mala cara y es serio con uno...y uno se llegaba la noche y pensaba que le iba a volver a pasar lo mismo, entonces uno no podía dormir bien. Uno era preocupado a toda hora” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

Como se puede observar, el miedo se mantiene latente por un tiempo mucho más prolongado del que las víctimas del conflicto esperan. Ellos sienten que el peligro los sigue o que la situación es igual en cualquier lugar en el que se encuentren. De ahí que las formas de relacionamiento social se vean afectadas, pues en muchos casos comienzan a sentir que cualquier persona es un actor armado que atentará contra su integridad.

Así mismo, la búsqueda de ese nuevo lugar no sólo causa temor por la posibilidad de un nuevo ataque, sino por la incertidumbre de no saber cómo los recibirán en otro municipio; en muchos casos los desplazados pueden llegar a ser rechazados por quienes lo reciben o pueden llegar a ser calificados como “pobrecitos”, “los que no tienen nada”, etc., Erving Goffman explica este comportamiento a partir del concepto de estigma, señalando que hay condiciones que llevan a las personas a señalar y/o a calificar a otras como inferiores o peligrosas, al respecto señala el autor:

Son bien conocidas las actitudes que nosotros, los “normales”, adoptamos hacia una persona que posee un estigma, y las medidas que tomamos respecto de ella, ya que son precisamente estas respuestas las que la benevolente acción social intenta suavizar y mejorar. Creemos, por definición, desde luego, que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana. (Goffman, 1970, p.3)

Goffman asegura que en nuestro discurso cotidiano usamos términos que tienden a idealizar al otro, tales como: inválido, bastardo y tarado (Goffman, 1970). Desde esta mirada, nos encontramos con la estigmatización que sufren los desplazados por el conflicto armado en Colombia al llegar a un nuevo lugar; ellos rehacen sus vidas y saben que deben enfrentar los imaginarios que tiene la sociedad acerca de su condición. Para este autor (1970) “el individuo estigmatizado puede descubrir que se siente inseguro acerca del modo en que nosotros, los “normales”, vamos a identificarlo y a recibirlo” (p.8). En ese sentido, las personas que él llama normales siempre marcan un momento clave en la llegada del desplazado, porque si bien este llega con precaución, siempre existe la posibilidad de entablar amistades e incorporarse con facilidad a las dinámicas culturales y laborales de dicho territorio.

La búsqueda de ese nuevo espacio está marcada por la necesidad de tener tranquilidad, aunque no la encuentren, pues a donde sea que se dirijan, los desplazados siempre van a tener el recuerdo vigente sobre lo que vivieron y estarán expuestos a ser idealizados por el otro, tal y como nos lo plantea Goffman. A ellos poco les importa vivir en un lugar que no tenían previsto, pues lo primordial es sobrevivir, a pesar de que suelen ocurrir casos como el de Alberto, quien narra el miedo que sentía a ser atacado nuevamente, pese a que ahora habita en una subregión de Antioquia distinta de la que fue desplazado. No obstante, la búsqueda de otro territorio -mientras se extraña el propio-, los pone en una situación de vulnerabilidad frente a los no desplazados; ya como víctimas del conflicto armado, quedan expuestos ante los ojos de los demás como las personas que “lo perdieron todo”.

2.5. Volver, ¿querer volver? Para estas tres personas víctimas del conflicto armado en Colombia, cuya experiencia hemos estado describiendo en esta investigación, el deseo de querer volver a su territorio de origen les genera incertidumbre, dado que hay un sentimiento que los une a ese lugar: en él crecieron, vivieron gran parte de su vida, compartieron con familiares y amigos; crearon vínculos sociales, laborales y económicos que les permitió su desarrollo como sujetos. No obstante, ese sentimiento de unión no es el único que tienen con el lugar, también está el temor que los empujó a huir de él.

Posterior a ello, cuando el individuo ha abandonado su lugar y de alguna manera ha resuelto su vida, recordar todo su pasado es inevitable dentro de ese proceso al que se ha visto abocado, por ejemplo, recordar su desplazamiento y otros hechos que se relacionan con él mismo e incluso con situaciones a las que se ha enfrentado desde su niñez. En ese sentido, devolverse a su pasado es, de alguna manera, regresar a ese lugar que habitaron y con el que se identifican, donde se formaron como seres sociales, y donde además construyeron una identidad personal y aportaron a la construcción de una identidad colectiva. Podemos decir, que estas experiencias que están ligadas con la identidad cultural son, con frecuencia, algunas de las principales razones que los motiva a volver a sus territorios, pero no lo hacen debido a que el temor a lo ya vivido persiste.

Para el desplazado deja de importar el vínculo que tienen con sus tierras y le dan valor a la vida, por lo tanto, deciden no arriesgarse a volver, aunque así lo deseen. No obstante, otras víctimas deciden aceptar su condición de desplazados, y aunque es notorio el temor que sienten al pensar que pueden vivir nuevamente alguna tragedia, deciden escudarse en el hecho de que ya han solucionado esa situación que fue sumamente tormentosa, por lo tanto, no retornarían.

“También como dicen los muchachos, nosotros nos hicimos a esta casita y tampoco la podemos botar así o dejar así” (D. García, comunicación personal, 4 de noviembre de 2019).

El temor a regresar, expresado en palabras como: “hay muchas casas solas y otras en ruinas”, “ya hice mi vida acá” o “qué miedo donde vuelvan”, no es sólo por lo que vivieron en su momento, sino también por las circunstancias que agobian actualmente a los municipios de los que huyeron. Un ejemplo de esto es el testimonio de Claudia Pérez, quien cuenta que, a pesar de haber viajado por última vez hace cinco años al municipio de Tarazá, de donde es oriunda, siente que ya no existe la calma necesaria para poder vivir allí como sí se tuvo en otro tiempo. Para poder llegar a ese municipio, su familia debe tramitar un permiso con los grupos armados que hacen presencia en el lugar, y cuando llega, casi no puede salir de la casa. Dice, además, que la gente vive con miedo.

“Uno por allá no sale tranquilo, entonces sale uno por allá a la calle cagado de miedo a toda hora” (C. Pérez, comunicación personal, 6 de enero de 2020).

Ahora bien, si tenemos en cuenta el ejemplo anterior, podemos inferir que para Claudia prima la tranquilidad, a pesar de que no tiene familia en el municipio de Andes, pues estar en Tarazá siempre le generará miedo no solamente por lo que vivió sino por lo que sigue ocurriendo allí. El anhelo de regresar está presente pero se ve quebrantado por el miedo, y por el hecho de saber que no podrá relacionarse con otras personas con la misma facilidad que lo hacía antes de salir de Tarazá. Además, cuenta Claudia, que cuando visita ese municipio, la embargan sentimientos que difícilmente puede describir, algo que le sucede principalmente cuando va al cementerio; allí se siente invadida por la tristeza al recordar los cinco amigos que se encuentran descansando en paz, debido a que el conflicto armado les arrebató sus vidas, como lo describe a continuación:

“Pero me da más tristeza que una va al cementerio y ve a los amigos que uno tenía, muertos [...] Cuando yo bajé a Tarazá iban cinco muertos, pues que yo ya distinguía, que andé con ellos, recoché con ellos, amigas también. A uno le da tristeza pero bueno” (C. Pérez, comunicación personal, 6 de enero de 2020).

Teniendo en cuenta que regresar al lugar en el que vivieron el conflicto despierta emociones muy fuertes en los desplazados, como en el caso de Claudia, nos preguntamos: ¿qué tan identificados se sienten ellos con sus nuevos lugares de residencia? Los resultados obtenidos en esta investigación nos llevan a señalar que los desplazados son y no son de sus nuevos territorios, ya que lo habitan pero, como se ha podido ver, ellos mantienen latente ese deseo de regreso, lo cual se puede reflejar en su discurso (“uno extraña las hermanas”, “a uno le hace falta la tierrita de uno”, etc.).

El deseo de retorno puede ser una opción para los desplazados, ellos siempre esperan regresar a sus municipios de origen, siempre y cuando el conflicto armado no siga siendo protagonista en estos lugares. En el caso de Claudia, haber regresado (a pasear) no le generó la satisfacción que esperaba, pues el lugar estaba cargado de recuerdos. Lo anterior nos lleva a plantear que cada espacio e incluso cada acción que desempeñen los desplazados en el momento de regreso a sus territorios de origen, puede despertar un sentimiento de nostalgia. En esa medida, el desplazamiento cambia notoriamente la manera en la que las víctimas conciben y logran apreciar los entornos en los que crecieron.

Capítulo 3

3. Reinventarse

Como hemos visto en esta investigación, uno de los factores de mayor relevancia entre los desplazados es su motivación por encontrar un medio de subsistencia, por lo tanto, para ellos es necesario aprender de una nueva actividad económica, en este caso todas están direccionadas a la labor campesina. Encontrar un trabajo es el primer paso en ese deseo de querer reinventarse, con ello se intenta recuperar lo que se perdió por causa del conflicto armado, y se busca brindarle un estilo de vida más llevadero a sus familias; todo esto se da cuando el desplazado ha encontrado

un lugar donde vivir y causa de ello es el inicio de esa búsqueda, por lo tanto, esa resignificación de su existencia es un *reinventarse*.

Lo anterior nos lleva a afirmar que en el caso de las tres víctimas centro de esta investigación, es muy evidente ese deseo de reinventar sus vidas, pues tanto Claudia, como Dora y Alberto, buscan todos los medios para que, especialmente sus hijos, no pasen hambre y para cubrir todas sus necesidades básicas. Aunque los desplazados se enfrentan a una situación de vulnerabilidad, intentan ignorarla en la medida que pasan más tiempo buscando una entrada económica.

Para ejemplificar lo dicho, proponemos las siguientes palabras de Alberto, quien, como ya lo mencionábamos anteriormente, tuvo que abandonar su finca y se dedicó a vivir en los lugares donde le ofrecieran trabajo, específicamente en algunas fincas cafeteras del municipio de Andes. Reinventarse no se relaciona solamente con encontrarle un sentido a la vida, también es acostumbrarse a lo que hay, ejemplo de ello es el caso de él, quien pasó de tener una finca propia a ser un trabajador en otra finca.

“Porque no es lo mismo tener una propiedadcita que un jornal, no es lo mismo ya. Esas cosas las extraña uno ya” (A. Tabres, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

En el proceso de reinventarse se extraña, pero también podemos decir que nunca se logra reinventar una vida en su totalidad, quizás laboralmente sí pero no emocionalmente; las emociones no se restablecen, podríamos decir que más bien se acomodan o se remiendan. En términos de trabajo sí se reinventa, pero es más una obligación que tienen los seres humanos con su integridad y la necesidad de sobrevivir, como también de crear lazos sociales y de contar con una red de apoyo una vez llegan a su nuevo territorio, ya que para ellos no es fácil relacionarse con las demás personas sabiendo que han sido agredidas emocionalmente, razón que los lleva a sentir desconfianza de quienes están cercanos a ellos.

No podemos hablar de reinventar una vida sin referirnos al temor que sienten los desplazados hacia las demás personas cada que emprenden una acción que, consideran, les falta al respeto. Esto los lleva a sentirse inseguros, no solamente al cuestionarse quiénes son, sino también al dudar de lo que ese otro, que para ellos es un extraño, puede hacer (Goffman, 1970); en el caso de las víctimas del conflicto en Colombia, muchas personas, incluso, se sienten más inferiores que inseguros, se sienten vulnerables porque el conflicto armado les hizo sentir eso (los miembros de estos grupos insurgentes crean su propia jerarquía en las zonas donde hacen presencia, haciendo de los habitantes de estos lugares sus súbditos), les quitó la libertad y la capacidad para decidir y para actuar.

3.1. Encontrar un lugar. Para los desplazados (en los casos estudiados), encontrar un lugar en el que puedan rehacer sus vidas es, sin duda alguna, una de las razones que más les genera inquietud y curiosidad, pues finalmente tener nuevamente un lugar representa el inicio de

una nueva vida y la solución a uno de los principales problemas que enfrentan muchos de ellos: haber perdido su territorio y no tener donde vivir.

Las víctimas del desplazamiento en Colombia pueden encontrar un nuevo lugar sobre la tierra de su propia patria, pero esto no quiere decir que sea tarea fácil. Para muchos de ellos es particularmente complejo enfrentar universos urbanos para los cuales no están preparados: en general, desconocen las maneras de habitar, circular, utilizar los recursos del medio, producir y subsistir en entornos desconocidos; además, les resulta difícil construir nuevas tramas sociales en los lugares de llegada. (Uribe, 2000, p.55)

En ese sentido, hablar de desarraigo nos permite entender que cuando la persona encuentra un lugar, además de no saber desempeñarse en él (en un principio), está expuesta ante a la comunidad gracias a su condición de descreditable; ser desplazado ya los ubica dentro de una categoría de personas con una condición, un estigma. Los conceptos: desacreditado y descreditable propuestos por Erving Goffman, nos sirven para explicar la forma en la que se percibe el desplazado en su nueva condición social, y cómo a su vez es percibido por la sociedad, entendiendo que quienes sufren estigmas son quienes poseen un atributo difícilmente modificable, en este caso su condición de desplazados; esta condición, en muchas ocasiones, trae consigo calificativos como “ladrones”, “pobrecitos”, etc. Las tres víctimas del conflicto armado que colaboraron con esta investigación son desacreditadas, debido a que las personas con las que se relacionan actualmente saben que son víctimas directas del conflicto armado colombiano, y esto las ubica en una situación de desventaja frente a los otros. Entendemos entonces que para ser desacreditado, el individuo puede pasar por una condición de descreditable, de acuerdo a los patrones (estigmas) que manejan todas las personas; en muchos casos el desplazado piensa que quienes lo rodean no son conscientes de su condición. (Goffman, 1970, p.2).

El concepto de “desacreditado o descreditable” que propone Goffman, lo podemos asociar con las palabras de Martha Bello, quien nos dice que la condición del ser desplazado, al mismo tiempo, genera prejuicios entre las comunidades receptoras, estos ven en las víctimas de conflicto el reflejo de la vulnerabilidad y, en gran medida, de la miseria y el abandono.

Se dirá que los desplazados son víctimas (pobrecitos), son un problema (acarrear conflictos y disputan bienes y servicios), son unos oportunistas y vividores (se hacen pasar por desplazados o si lo son no se ayudan a sí mismos, esperan que todo se les dé) y, en consecuencia, se generarán actitudes y comportamientos solidarios, caritativos, excluyentes o de rechazo. (Bello, 2000, p.7)

Esos calificativos son, entonces, el medio que usan los seres humanos para desacreditar a los desplazados, según la teoría de Goffman. Cuando ellos abandonan su territorio están expuestos a este tipo de situaciones, debido a que algunos divagarán por otros lugares donde nuevas personas conocerán de su condición.

Es necesario aclarar que muchos desplazados acuden al albergue más cercano. Algunas veces tardan días en llegar, por lo que buscan personas conocidas que les ofrezcan refugio por un par de días en la medida que avanzan en su camino hacia el albergue. En gran parte, ese lugar representa tranquilidad, ya que allí les ofrecen una condición de vida más estable y llevadera mientras encuentran un punto de referencia que les ofrezca una solución definitiva a su situación actual. Cuando encuentran ese lugar, como se presentó en los casos de Dora, Claudia y Alberto, es evidente la sensación de inestabilidad en las veredas que habitan, pues siempre están en la búsqueda de un lugar donde tengan más ingresos económicos, razón que los lleva a conocer más tierras y nuevas gentes.

A continuación se presentan tres mapas con el recorrido de cada uno de los desplazados que participaron de esta investigación, en ellos se puede ver el trayecto de cada uno a partir del momento en el que llegan al municipio de Andes.

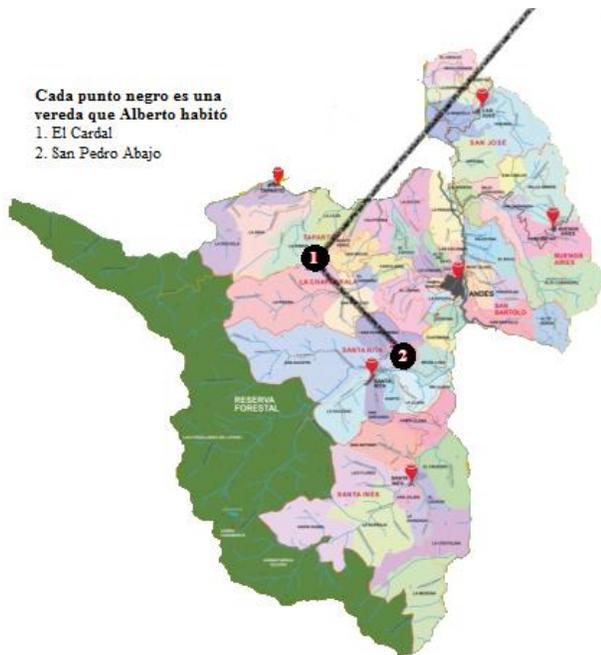
Figura 2



Nota: Recorrido de Dora García después de haber llegado al municipio de Andes en el año 2004.

Figura 3

Nota: Recorrido de Claudia Pérez después de haber llegado al municipio de Andes en el año 2008.

Figura 4

Nota: Recorrido de Alberto Tabares después de haber llegado al municipio de Andes en el año 1991.

Los albergues se convierten en una de las opciones más favorables para refugiarse en los días posteriores al desplazamiento, pero estando allí, particularmente en el caso de Dora García, se pudo llegar a la conclusión de que pese a estar en un lugar seguro, ella seguía sintiendo la necesidad de encontrar un lugar del que pudiera apropiarse con mayor seguridad. Meses después, cuando se le da la oportunidad de radicarse en Andes, continúa en ese “ir y venir” al que ya se había acostumbrado en su tierra: Sonsón; no encuentra una vereda en la que pueda vivir largos periodos de tiempo, y es así como llegamos al recorrido que se muestra en la figura 1. En total son cuatro las veredas o corregimientos que ha habitado en Andes (Santa Rita, Santa Inés, Peñas Azules, San Pedro Abajo), teniendo en cuenta que durante varios años también vivió en Betania-Antioquia y que ha vivido en varias casas de una misma vereda.

Egipto fue la primera de seis veredas que habitó Claudia Pérez (en condición de desplazada), entre ellas San Pedro Abajo, donde vive actualmente (por segunda vez), y también ha tenido varios desplazamientos internos, habitando diferentes casas. Esto es algo que ocurre con frecuencia debido a que ellos ya perdieron el territorio del que se sentían parte, y al estar en otro (porque no tienen más opciones), no sienten remordimiento de abandonarlo. Ellos se acostumbran a buscar el dinero. A Claudia, además, le gusta habitar esa vereda (San Pedro Abajo), ya que ha generado mejores relaciones vecinales pero sólo una amistad, no obstante, eso no le impide mudarse en el momento que junto con su marido lo consideren. Las otras veredas y corregimientos en los que ha vivido son: San Gregorio, San Agustín, Media Luna y San José.

El caso de Alberto Tabares es un poco diferente al de las dos mujeres víctimas del conflicto armado, gracias a su condición de “trabajador de finca cafetera”. Él no habita un lugar del que pueda apropiarse con toda la confianza ya que generalmente comparte un “cambuche” con otros trabajadores que no tienen un punto de estadía fijo (“andariegos”). Sólo ha habitado dos veredas del municipio de Andes: El Cardal y San Pedro Abajo, en cada una de estas ha logrado crear relaciones muy cercanas con sus patrones, que en realidad han sido muy pocas a pesar de llevar 28 años viviendo del café. Este hombre pierde su territorio totalmente y no logra reconstruir un espacio a partir de lo poco que conservaba de Campamento (recuerdos, tradiciones, gustos, etc.).

Habiendo ya generado contexto sobre el camino que han emprendido estas personas dentro del municipio de Andes, es necesario pensar un poco en lo que busca un desplazado, porque si bien es evidente la necesidad de encontrar una buena opción de empleo, ¿qué necesitan para establecerse completamente en un solo lugar?

Podríamos decir que tener sus familias cerca puede ser una de las razones que motivarían a estas tres personas a radicarse completamente en Andes, porque si bien ellos reconocen que hay ciertos elementos sociales que los hace desear volver, el más evidente es el de estar cerca a sus padres, hermanos, tíos, etc. Esto nos lleva a concluir que, además del trabajo, uno de los pilares más fundamentales cuando hablamos de desarraigo, es el de estar cerca de sus familiares más cercanos y de poder compartir con ellos.

3.1.1. Habitar lo ajeno. La llegada masiva de personas desplazadas por el conflicto armado colombiano a diferentes sitios del país, representa una pérdida del ser construido en su territorio de origen, puesto que su posición de “nuevos en un lugar” o “nuevos vecinos”, escenifica una ruptura cultural con su tierra, así como la necesidad y tendencia a que estas sean transformadas por las costumbres que prevalecen en su nuevo espacio. Del mismo modo, como se ha dicho, la manera en la que se forjan las nuevas relaciones sociales no se genera espontáneamente debido a que, en un principio, se sienten atemorizados y tristes; primero que todo, ellos esperan a que su situación económica se estabilice y luego comienzan a socializar y a conocer un poco el entorno en el que se empezarán a desenvolver.

Habitar lo ajeno trae consigo una serie de cambios en el ritmo de vida que manejan los desplazados, puesto que las prácticas cotidianas son transformadas de manera abrupta. Claudia, Dora y Alberto son de diferentes municipios de Antioquia y se establecieron a partir del año 2000 en Andes. Un caso muy particular es el de Alberto, quien al conocer la dinámica de la cultura cafetera se encontró con un ritmo de vida distinto (horarios y actividades en torno al trabajo) e incluso tuvo que aprender a recolectar café. Caso contrario al de Claudia, quien cuenta que su esposo fácilmente se adaptó a este trabajo, a pesar de que también había llegado en una cosecha cafetera (como Alberto), razón por la que el trabajo tiende a ser un poco más beneficioso económicamente.

Ya hemos hablado un poco sobre su primer acercamiento con la actividad cafetera, así que es necesario enfatizar en un punto que menciona Dora, pues al llegar al municipio de Andes sintieron, después de mucho tiempo, que estaban a salvo y que podían iniciar nuevamente sus vidas.

“Pues al menos ya tenía una tranquilidad, ya estaba más lejos de esas cuestiones por allá. Ya dormía un poco tranquilo, pero es que por allá esa intranquilidad siempre” (D. García, comunicación personal, 4 de noviembre de 2019)

Ellos reiteran inconscientemente su compromiso familiar, a lo que podríamos llamar “instinto de supervivencia”. Por lo tanto, todo ese proceso de adaptación en el que se ven inmersos los desplazados, tiene que ver con la resignificación de sus vidas y con el hecho de empezar una nueva vida. En ese sentido, habitar lo ajeno desestructura todas las prácticas cotidianas y las relaciones sociales que habían llevado a cabo durante toda su vida; comenzar a vivir en otro lugar lleva al desplazado a adoptar nuevos hábitos, a leer e interpretar su nuevo entorno, y a reinventarse en él.

3.1.2. Cotidianidad después del desplazamiento. Las prácticas cotidianas de los desplazados por el conflicto armado en Colombia se transforman de acuerdo a vivencias propias o familiares, y en ella congregan diferentes elementos simbólicos, religiosos, familiares y/o culturales. Estos, a su vez, se van transformando de acuerdo a los diferentes contextos en los que han convivido con otros grupos e instituciones a las que pertenecen, y demás espacios donde

participan. Por otro lado, en estas prácticas interfieren una serie de sucesos ajenos al conflicto armado, que influyen indirectamente en la percepción que tienen frente a distintas situaciones. “Alternativamente, existen tradiciones y costumbres incorporadas como prácticas cotidianas, no reflexivas, cuyo sentido original se ha perdido en el devenir y los cambios históricos del tiempo” (Jelin, 2002, p.24)⁶.

Pertenecer a un entorno es una de las cosas que nos hace humanos. Somos seres sociales por naturaleza, seres en un entorno, que desarrollamos nuestra existencia con otros individuos; unos con los cuales nos identificamos y otros de los cuales nos diferenciamos. La identidad, entendida como posibilidad de generar pertenencia y vínculos, de desarrollar acciones conjuntas, como algo que está en permanente construcción, que muta, que se transforma, que vincula al sujeto a un territorio del cual se siente parte y que orienta sus prácticas en él, es lo que pierde el desplazado y lo que se ve obligado a reconstruir, a reinventar en otro lugar. Al ser expulsado de su territorio se da una ruptura con gran parte de las cosas y personas que lo vinculan como ser social, que lo identifican como sujeto. Y esta ruptura obliga a una transformación de sus vidas, que no sólo es producto de una ruptura física, sino también emocional, ya que en el individuo se presenta una situación de ‘dejar de ser y de pertenecer’.

Estos cambios en sus vidas y sobre todo en sus rutinas, sus prácticas cotidianas, se presentan de formas distintas entre las tres personas que colaboraron con esta investigación. Claudia y Dora, por ejemplo, cuentan que generalmente se levantan a tempranas horas de la mañana a cocinar para sus hijos o esposo, y a realizar las labores domésticas (igual a como lo hacían en Tarazá y Sonsón, respectivamente). Por su parte, Alberto ha tenido un cambio un poco más drástico en ese sentido debido a que, aparte de haber empezado a trabajar con un nuevo producto, también tuvo que aprender a convivir con personas que no conoce y que llegan temporalmente a trabajar en la finca habita en estos momentos.

Es pertinente decir que el replanteamiento de su vida y la retoma de sus prácticas llevan al desplazado a pensarse a través del tiempo, es decir que todos los conocimientos que tiene le servirán para desempeñarse dentro de un nuevo entorno, como también lo lleva a pensar de qué manera estar en un nuevo lugar le aportará a su crecimiento:

Así, desde su experiencia, una persona en situación de desplazamiento reconstruye y produce direccionalidades de sus prácticas creando opciones de vida social en una relación permanente entre lo concreto y lo posible. La memoria, la experiencia y la utopía permiten comprender la configuración de proyectos y su viabilización, porque es en el campo de las construcciones de sentido en donde el sujeto reflexiona sobre las posibilidades del presente y las opciones de futuro (Torres y Erazo, 2005, p.10).

⁶ La inquisición, por ejemplo, llevó a muchos judíos a convertirse al catolicismo (los llamados “marranos”), y mantener en privado y clandestinamente algunas prácticas judías tradicionales. Después de varias generaciones, esas prácticas pueden haberse mantenido, pero desprovistas de sus sentidos iniciales”. (Jelin, 2002, p.24)

En otras palabras, podemos decir que los individuos, en este caso los desplazados por el conflicto armado, están en constante proyección sobre lo que harán, están en la búsqueda de una solución.

3.1.3. Relacionarse ahora. Las relaciones sociales de los desplazados siempre tienen un antes y un después del hecho victimizante como tal; cuando las personas llevan una vida normal y los grupos armados no han llegado a estos lugares, podríamos decir que viven en condiciones mucho más humanas, y eso se ve reflejado por medio del trabajo, las relaciones familiares, su cotidianidad, etc. Pero todo ello sufre una ruptura y transformación cuando los grupos guerrilleros o paramilitares comienzan a generar pánico en ellos hasta el punto de hacerlos abandonar sus casas.

Cuando el desplazado llega a un lugar nuevo, bajo condiciones de vida muy diferentes, se va a ver enfrentado a una situación cultural que tal vez no había vivenciado, estaría presenciando por primera vez una nueva noción de la vida. “Es posible sostener una identidad territorial para indicar el vínculo de personas y colectivos en sus mundos de vida, el que paradójicamente se mantendría cuando la gente ya no está en el territorio o cuando por diversas situaciones el territorio ha cambiado o no existe más” (Mascareño y Büscher, 2011, p.2). De esta manera, cuando esa persona llega a establecerse definitivamente en un lugar, todo ese campo de la novedad se convierte en una inserción y acomodamiento del ser, y sus cualidades identitarias se pueden llegar a transformar.

En este sentido, es pertinente hablar no sólo de las relaciones sociales en general, sino también, y de manera particular, de las relaciones vecinales, que son las primeras que generan estas personas al llegar a un lugar; los vecinos son a las primeras personas que conocen y con quienes, en muchos casos, comienzan a forjar amistades. Dora, por ejemplo, después de haberse radicado definitivamente en su actual casa, generó una empatía muy evidente con una de sus vecinas, a pesar de ello casi no la visita; cuando se dice que la relación no es muy cercana se hace referencia a las típicas costumbres que desarrollan y caracterizan a las familias campesinas: visitarse, pedirse favores, etc.

Posterior a todo ese trasegar que se ve marcado por experiencias económicas, sociales, culturales y emocionales, el sujeto ya ha vivenciado un grado de transformación muy importante dentro de todo el proceso del que es protagonista, y que aquí hemos nombrado como desarraigo. Esa transformación siempre será el primer paso en la búsqueda de su nueva vida.

3.2. Reterritorialización. Cuando en esta investigación hablamos de reterritorialización nos referimos a la manera en la que los desplazados por el conflicto armado han resignificado sus vidas después de haber sido testigos de un “antes” y un “durante” el conflicto que en el primer capítulo habíamos nombrado “desterritorialización”.

La reterritorialización significa haber encontrado un lugar en el que los desplazados podrán empezar una vida nuevamente, donde el individuo puede dar inicio a un nuevo episodio en su existencia que, pese a estar marcado por el conflicto armado y la pérdida de su territorio, se intenta remediar insertándose a un nuevo contexto; proceso que se genera en un lapso indeterminado, y que es muy subjetivo, dado que cada persona vive el conflicto de una forma distinta.

En su lucha por hacerse a un lugar, por reterritorializarse, los desplazados se someten a una búsqueda esperanzadora que los motiva a dejar atrás todo lo que vivieron para empezar a construirse nuevamente. “Su vida se suspende en ese “tránsito-corredor” hacia nuevas búsquedas muchas veces largas y fatigantes, con la esperanza de un retorno pero con la obligación de adaptarse a los nuevos territorios” (Lasso, 2013, p.38). En ese sentido, el individuo se reterritorializa cuando comienza a sentirse parte de ese nuevo lugar.

Si como ya hemos hablado, la desterritorialización significa arrancar a una persona de su tierra, ¿la reterritorialización sería entonces una solución definitiva? La respuesta a esta pregunta es compleja. Debemos tener en cuenta que una vez el desplazado se reterritorializa, en realidad no se da una solución definitiva a su desarraigo. Pero sí podemos decir que se soluciona en gran medida, debido a que estas personas intentan direccionar su vida hacia una nueva actividad. Pero el conflicto armado en Colombia genera traumas que, en muchos casos, difícilmente logran controlar y superar, tal como lo destaca Alberto, cuando narra el sufrimiento al que se han visto sometidos.

“Imagínese usted uno toda la vida uno por ahí solo, mano’, imagínese. Uno porque por ahí se va adaptando pero siempre lleva mucho del bulto por ahí. Uno siempre sufre. No es fácil” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

También debemos tener en cuenta un aspecto en este tema de la reterritorialización, porque se supone que el sujeto adapta un espacio nuevo a su forma de vida, pero si nos remitimos a la historia de Alberto, nos encontraremos con que él, a pesar de haber salido de su territorio en búsqueda de una nueva oportunidad, sin planearlo, terminó viviendo donde tiene la posibilidad de trabajar. Es decir que ya no tiene un espacio que pueda hacer propio, o donde pueda desempeñar las actividades que realizaba junto a su familia en Campamento-Antioquia (ir con ellos a trabajar, sentarse a compartir en el comedor, rezar por las noches, etc.). Actualmente, en su día a día, Alberto comparte con personas desconocidas, entonces sus relaciones familiares cambiaron durante su proceso de reterritorialización, debido a que para compartir con ellos lo debe hacer por medio de llamadas telefónicas o en espacios públicos. En esa línea, la reterritorialización es mediada por la ejecución de las prácticas cotidianas y las relaciones sociales en un nuevo espacio.

El proceso de reterritorialización como lo hemos denominado en esta investigación, se basa en que el desplazado busca crear un nuevo lugar en el que pueda rehacer su vida, trayendo

de alguna manera su territorio (exteriorizado en las costumbres y formas de expresión, en la vestimenta, el lenguaje y las concepciones de la belleza a través de la decoración, los accesorios u otros elementos) o haciendo lo posible por integrarse y aprender de su nuevo entorno, como se logra evidenciar en Alberto, a quien el café le ofreció una oportunidad de trabajo de la que se fue apropiando poco a poco. A su condición de trabajador se le conoce coloquialmente como “andariego”, a pesar de que él ha preferido quedarse por largos periodos (años) en las fincas donde se ha sentido más cómodo trabajando. Entonces el hecho de convivir con varias personas que también son “andariegos” no le permite apropiarse totalmente de ese lugar, porque además, siempre será visto como “el trabajador”. Como vemos, la reterritorialización no se da siempre de la misma manera, en el caso de Alberto, reterritorializarse plenamente significaría volver a tener su propia tierra (aunque actualmente no está en sus planes) o conformando un hogar en el que pueda expresarse con mayor libertad.

Capítulo 4

4. Memoria

Elizabeth Jelin nos plantea que la memoria cumple un papel muy significativo en la medida en que es un mecanismo cultural que fortalece el sentido de pertenencia y construye confianza en grupos oprimidos, silenciados y discriminados:

La memoria-olvido, la conmemoración y el recuerdo, se tornan cruciales cuando se vinculan a experiencias traumáticas colectivas de represión y aniquilación, cuando se trata de profundas catástrofes sociales y situaciones de sufrimiento colectivo. Son estas memorias y olvidos los que cobran una significación especial en términos de los dilemas de la pertenencia a la comunidad política. Las exclusiones, los silencios y las inclusiones a las que se refieren hacen a la re-construcción de comunidades que fueron fuertemente fracturadas y fragmentadas en las dictaduras y los terrorismos de estado de la región. (Jelin, 2001, p.5)

Esto se puede relacionar con las palabras de Claudia, Alberto y Dora cada que hablan sobre la paz, y de la importancia de que el conflicto cese en las zonas más afectadas, no solamente en los municipios de los que provienen. Asimismo, esto nos lleva a plantear que ellos no sólo resignifican el territorio a través de métodos tangibles, sino desde la proyección de paz que quieren ver reflejada en las zonas más lastimadas por el conflicto armado en el país, considerando esencial el apoyo a sus semejantes y proponiendo una visión más humana del desplazamiento.

En esa misma línea, Jelin señala que la lucha por el sentido del pasado se da en función de la lucha política presente y los proyectos de futuro. Dice que cuando se plantea de manera colectiva, como memoria histórica o como tradición, como proceso de conformación de la cultura y de búsqueda de las raíces de la identidad, el espacio de la memoria se convierte en un espacio de lucha política. “Las rememoraciones colectivas cobran importancia política como instrumentos para legitimar discursos, como herramientas para establecer comunidades de pertenencia e identidades colectivas y como justificación para el accionar de movimientos sociales que promueven y empujan distintos modelos de futuro colectivo” (Jelin, 2001, p.6). En esta investigación entendemos que la presencia de los desplazados en regiones ajenas a las suyas (Andes) propicia un movimiento hacia la construcción de una memoria no sólo cultural, sino también que permite visualizar este fenómeno desde términos sociales, políticos y económicos.

De esta manera, entendemos que la memoria es una construcción que se da en conjunto, donde todos los agentes sociales colaboran con el entendimiento de lo que ocurre en su comunidad. Si hablamos de la economía, por ejemplo, se hace un trabajo muy interesante en cuanto al conocimiento de su labor campesina; se trata de los saberes que adquirieron en los lugares que habitaron y cómo lo aplican cada vez que desempeñan una actividad nueva para ellos.

En efecto, Andes se ha convertido en un receptor clave para muchos desplazados, no obstante, ellos también hacen un aporte muy interesante a la historia del municipio, por los conocimientos que aportan sobre su propia experiencia, y porque permiten una mirada al conflicto armado desde la actividad cafetera, entendiéndola como un medio fundamental para remediar el daño que les causó esta problemática. La llegada de estos individuos, sobre todo cuando se da en masa o cuando la cifra ha aumentado mucho con el paso de los meses o años, resulta siendo clave a la hora de reconstruir la historia de esta región, debido a que representan la llegada de nuevas formas de vida al municipio.

Desde otra mirada, también se puede decir que la llegada de las personas desplazadas a Andes, permite conocer el fenómeno del conflicto a partir de sus experiencias, pues esto es algo que ellos cargan en su memoria. En otras palabras, las que pueden llegar a sus narrativas o formas de contar lo que vivieron, se convierten en parte del cotidiano de los habitantes propios de ese lugar. El conflicto empieza a ser parte del voz a voz de una manera más frecuente.

4.1. Recordar mi historia. Como se ha mencionado, el conflicto armado genera en los desplazados un cambio realmente drástico en sus formas de vida, por lo tanto, es difícil olvidar los últimos momentos que vivieron en sus tierras; en sus mentes se mantienen las palabras de los guerrilleros o paramilitares cuando llegaron a sus casas a amenazarlos o a informarles que ellos se quedarían viviendo allí. En el caso de los desplazados que colaboraron con esta investigación, se pudo observar que tienden a recordar con mayor lucidez todos los momentos relacionados con el conflicto armado (enfrentamientos, extorciones, comentarios, amenazas, etc.), y dan detalles de los hechos, sin embargo no recuerdan con precisión muchas de las fechas en que estos eventos ocurrieron.

Halbwachs (1990) dice que el espacio es una realidad perdurable, dado que “sólo podemos entender cómo recapturamos el pasado si entendemos cómo, de hecho, este es conservado por nuestro medio ambiente físico” (p.23). Según él, todos estos recuerdos son un hecho gracias al espacio, nada queda en nuestras mentes debido a que todas nuestras impresiones vuelan. Se puede apreciar que para Halbwachs, es posible recordar mientras interactuamos con un lugar determinado; en el caso de los desplazados, esto se puede dar cuando ellos visitan ciertos lugares que le traen recuerdos de lo que vivieron antes y durante el conflicto armado.

Los espacios de los que nos habla Halbwachs están estrechamente vinculados con las actividades que desarrollaban estas personas en sus veredas, ya que en la medida que visitan esos lugares pueden recordar cuáles son esos momentos más especiales o los momentos violentos que vivieron ahí. Algunos manifiestan reiteradamente la tranquilidad que se vivía antes de la llegada de los grupos paramilitares y guerrilleros; frente a ello, uno de los casos abordados llama mucho la atención por la relación que tenía esta persona con su entorno, especialmente con las actividades de libre esparcimiento que podía desarrollar durante el tiempo que vivió en su municipio (Tarazá).

“De ese pueblo me gustaba era ir a andar con las amigas, ir al río a tirar baño, ir por allá a esos potreros a comer mangos, a comer guamas [...] a veces era montadas por allá en esos palos, por allá gozando” (C. Pérez, comunicación personal, 6 de enero de 2020)

Podemos inferir entonces que para Claudia hay un valor muy especial hacia las amistades, ya que gracias a esas personas mantiene una imagen bonita de lo que fue su municipio en algún momento y que, a pesar de que actualmente vive en otra subregión, conserva su amistad, y cuenta que cuando va a visitar a su familia no pierde la oportunidad de ir donde ellas, claro está, preservando el deseo de volver a salir tranquilamente a comer mangos y guamas en los caminos de su antigua vereda.

4.2. Lo que se ha olvidado. Así como hay recuerdos del conflicto armado en Colombia que se mantienen en la memoria de los desplazados, hay aspectos que se les escapan; las tres personas centro de esta investigación contaron su experiencia en el conflicto armado, pero las preguntas que mayor dificultad les generaba al momento de responder, fueron las relacionadas con las fechas, nombres o cantidades precisas de algún tema en particular. En el caso de Alberto, por ejemplo, es necesario decir que él no recuerda el nombre de sus vecinos o cómo era la relación que tenía su familia con ellos.

Es necesario destacar que no son casos recientes, por lo tanto hay momentos o detalles que escapan de sus recuerdos. Claudia fue desplazada hace doce años, Dora hace quince años y Alberto hace veintiocho años; después de tanto tiempo se les dificulta recordar algunos momentos de su vida, generalmente los relacionados con situaciones de su infancia. En el caso del desplazamiento, se les dificulta hablar con precisión sobre los grupos armados que se enfrentaban en momentos específicos.

Así mismo, hablar de olvidos nos remite a la necesidad de resignificarse y de expulsar de sus recuerdos todo aquello que atentó contra la integridad física y la estabilidad emocional, económica y social de los desplazados por el conflicto. Olvidar es, de esta manera, un medio necesario para darle fin a ese episodio (el desplazamiento). De otro modo, se olvida también porque se quiere y se necesita hacerlo, si el individuo quiere sentirse bien consigo mismo. Esto, dándole prioridad a otros asuntos, como el trabajo, pues este le ayuda a impedir recordar todo episodio traumático.

4.3. ¿Quién soy? Actualmente, podríamos decir que una persona desplazada ha sufrido transformaciones que han sido influenciadas por la adaptación a la que se tienen que someter. Asimismo, es necesario agregar, que un desplazado por el conflicto armado es alguien distinto, no sólo por su experiencia de vida producto de los hechos acaecidos, sino también porque tienen una cultura distinta a la del territorio andino, donde ahora están radicados. En los nuevos contextos, estos individuos “suelen encontrar versiones distintas y contradictorias. Versiones que construyen los otros (vecinos, funcionarios, familiares), con base en las percepciones que tienen del fenómeno y especialmente afectadas por las informaciones que circulan en los medios de comunicación” (Bello, 2000, p.7). Así, los desplazados saben que son personas diferentes, tanto por las costumbres que mantienen en su día a día como por su condición de desplazados y, en esa medida, quienes los rodean también los diferencian o clasifican mediante estereotipos sociales y la información que adquieren de medios como las noticias o el voz a voz.

La salida abrupta y el ingreso a contextos distintos y ajenos provocan una serie de transformaciones en la identidad de los desplazados, pues sus rutinas, sus pertenencias, sus señales distintivas y sus relaciones deben modificarse en virtud de su nueva situación, alterándose significativamente la realidad objetiva y por lo tanto la subjetiva del individuo. (Bello, 2000, p.3)

Con la anterior cita de Martha Bello, podemos decir que el desplazado es una persona antes y después del hecho victimizante, pues antes de ser víctimas del conflicto armado no son conscientes del valor que puede llegar a tener para ellos la vida y el territorio como tal.

“Yo no necesito ser millonario. La vida pa’ mi es estar aliviado y poder trabajar” (A. Tabares, comunicación personal, 2 de diciembre de 2019)

Este testimonio nos lleva a afirmar que Alberto simplemente necesita sentirse saludable para cumplir con sus propósitos familiares, pero además nos permite analizar que a través de su experiencia como víctima del conflicto armado, ha logrado comprender que el valor de la vida está en la tranquilidad, la compañía, el amor y no en las cosas materiales, porque estas pueden ser temporales e inesperadas. Por lo tanto, el desplazado, más que una persona que lo perdió todo, es un ser humano, un ser que siente y que necesita expresarse, un ser que para poder aprovechar lo material plenamente, debe sentirse digno.

También es pertinente plantear que, sea el lugar donde se encuentre viviendo la persona desplazada, su huella se ve reflejada en sus acciones, y algo que podríamos llamar “su mundo”. Ese mundo (su casa, decoración, gustos, deseos...) es algo nuevo dentro de las sociedades donde decidieron rehacer sus vidas; es un mundo ajeno dentro de otro mundo. Dicho de otra manera, las raíces culturales de estos sujetos se ven exteriorizadas y/o materializadas en estos elementos que representan su identidad.

Comenzar a vivir en un nuevo lugar no lleva al sujeto a transformar, de forma inmediata, esas formas de expresión que creció adoptando como “lo normal”, pero esas acciones pueden ser novedosas en otros lugares debido a que sus habitantes no están acostumbrados a presenciarlas. Al respecto Halbwachs dice:

Si vivimos solos, esa región del espacio que nos rodea permanentemente refleja no meramente lo que nos distingue de los demás. Nuestros gustos y deseos, evidentes en la selección y arreglo de estos objetos, se explican en gran medida por los lazos que nos unen a varios grupos. Lo único que podemos decir es que las cosas son parte de la sociedad. (Halbwachs, 1990, p.12)

Asimismo, podemos decir que cuando Halbwachs afirma que las cosas son parte de la sociedad es porque han sido producto de una construcción colectiva, es decir, porque son un producto social, y porque permiten que los seres humanos interactúen y generen relaciones con la tierra y con los demás individuos, como en el caso de los desplazados.

Como ya se ha dicho, desde la mirada del territorio social y la necesidad que tienen los individuos (en este caso los desplazados) de generar relaciones sociales, podemos evidenciar la necesidad del trabajo en equipo, dicho de otra manera, escuchar al otro, debatir y crear en grupo. Por eso, cuando nos preguntamos qué es Ser, nos referimos a la facultad que tienen las personas por existir, ocupar un lugar en el espacio, pero también de sentir y expresarse, de interactuar, de tener conciencia de sí mismos. De ese modo, el “ser” es humano cuando entiende y cuando se entiende.

En ese sentido, el individuo empieza a ser más humano cuando se relaciona y comprende otros estilos de vida. El ser humano es más humano cuando entiende que no sólo él sufre o es feliz, él es humano cuando busca soluciones y genera discusiones. El desplazado es, en esa línea de ideas, un agente que está en la búsqueda de esas soluciones, participando desde diversos escenarios e intentando comprender el espacio que lo rodea. El desplazado, más que una persona transformada, reinventada, reterritorializada, también es una persona que extraña su territorio y los hábitos que constituían su rutina dentro del mismo, los que configuraban su mundo y su forma de estar en él.

Conclusiones

Aunque los tres desplazados por el conflicto armado que colaboraron con esta investigación han abandonado sus territorios de origen, mantienen una rutina muy similar a la que llevaban en sus municipios, cambia la actividad económica a la que se dedican y es notable la inestabilidad en las relaciones sociales que forjan en el municipio de Andes (consecuencia de ese desarraigo). En su entorno familiar, realizan las mismas actividades, pero en un principio se le da prioridad a encontrar un sitio en el que se pueda reanudar todo esto, sin importar la cantidad de cosas que deban aprender a hacer, mayormente en su trabajo, aunque el deseo por regresar donde los familiares que dejaron se mantienen presente.

Estas tres personas anhelan regresar a sus municipios, pero ese deseo es obstaculizado por el miedo y el conflicto armado que se sigue apoderando de algunos de estos pueblos, como en el caso de Campamento o Tarazá. En ese sentido, y habiendo sido protagonistas de una reterritorialización (al haberse adaptado al estilo de vida que se lleva en Andes), sigue siendo muy evidente su deseo de regreso, y la principal razón para hacerlo son las relaciones sociales y familiares que pueden desarrollar estando en sus lugares de origen. A ellos, la lejanía los ha llevado a extrañar pero también a sentirse tranquilos, aunque en gran medida solitarios.

Sin duda alguna, el conflicto armado ha generado un cambio en la vida de estas personas; en algún momento fueron campesinos que llevaban una vida común y corriente, pero luego fueron víctimas de la dureza y crudeza de esa realidad, perdiendo todo lo que les pertenecía y enfrentándose a un “después” que no tenían planeado. Así, como consecuencia del desarraigo al que se han visto abocados, llegaron a vivir a Andes, municipio en el que encontraron más que un refugio, a un territorio con más oportunidades laborales. Antes sus vidas giraban en torno a sus deseos personales y familiares, ahora es más evidente la necesidad de sobrevivir.

Llegados a este punto, el género narrativo del periodismo (crónicas) fue fundamental para contar esas historias de vida que justamente evidencian, no desde la teoría, sino desde la experiencia, los conceptos que desarrollamos a lo largo de esta investigación: territorio, desarraigo, desterritorialización, reterritorialización, desplazamiento y el conflicto armado.

Bibliografía

- Salazar Vargas, C. (2017). *Desarraigo. Una propuesta de relación entre el transfer y las Migraciones*. 22 y 23
- Gómez, G. M. y Mahecha, O. D. (1998). Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 120-134. 125.
- Del Río Diéguez, M. (2002). *La geografía invisible del afecto, tras la huella del ser en el espacio*. *PULSO*. Revista de Educación, 103-110. 104.
- Bailly, A. S. (1989). *Lo imaginario espacial y la geografía: en defensa de la geografía de las representaciones*. In *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. 9, 12 y 18.
- Valcárcel, J. O. (1998). *El patrimonio territorial: el territorio como recurso cultural y económico*. 37 - 38.
- Berger, P. L., Luckmann, T. y Estruch, J. (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona: Paidós. 79.
- Jelin, E. (2001). *Exclusión, memorias y luchas políticas*. 2, 5, 6 y 91.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España editores. 24.
- Uribe de Hincapié, M. T. (2000). *Notas para la conceptualización del desplazamiento forzado en Colombia*. 54, 55 64, 65 y 66.
- Bello, M. N. (2001). *Desplazamiento forzado y construcción de identidades*. 11, 12 y 13.
- Tomadoni, C. (2007). *A propósito de las nociones de espacio y territorio*. 6.
- Mascareño, A. y Büscher, C. (2011). Sociología del territorio. *Líder: revista labor interdisciplinaria de desarrollo regional*. 2, 26, 31 y 7.
- Ríos, F. T. (2012). *Antropología del territorio*. *POLIS*, Revista Latinoamericana. 8.
- Arias, F. J., Martín Cardinal, E. y Bello, M. N. (2000). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Universidad Nacional de Colombia. 227 y 230.
- Bello, M. N. (2000). *Identidad, dignidad y desplazamiento forzado: una lectura psicosocial*. 3 y 7.
- Naranjo, G. E. (2001). *El desplazamiento forzado en Colombia: reinención de la identidad e implicaciones en las culturas locales y nacional*. 3.
- Giménez, G. (1996). *Territorio y cultura. Estudios sobre las culturas contemporáneas*. 8 y 15.

Toro, P. L. (2013). *Cuando se vive el desarraigo. Educación y desplazamiento forzado: una mirada desde el Distrito de Aguablanca, Cali, Colombia*. *Revista Guillermo de Ockham*. 38.

Goffman, E. y Guinsberg, L. (1970). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu. 2.

Victoria, L. P. T. y Ayerbe, D. F. E. (2005). *Hacia nuevas lecturas y acciones frente al desplazamiento en Colombia: una mirada desde la perspectiva de los Sujetos Sociales*. *Prospectiva*. 10.

Halbwachs, M. (1990). *Espacio y memoria colectiva. Estudios sobre las culturas contemporáneas*. 12 y 23.

Bustelo, M. G. (2002). *Desterrados: el desplazamiento forzado sigue aumentando en Colombia*. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*. 43.

Bello, M. N. (2002). *Impactos sociales y culturales del desplazamiento. Narrativas Alternativas: Rutas Para Reconstruir la Identidad. Efectos Psicosoc y Cult del Desplazamiento*. 111.

García, C. I. (2006). *Las representaciones sociales del territorio*. *Revista Controversia*. 79.

Arias, F. J., Martín Cardinal, E. y Bello, M. N. (2000). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Universidad Nacional de Colombia. PIUPC. 174.

Medina C., Federico. (2003). *Comunicación, consumo y ciudad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Red Nacional de Información. (1 de enero de 2020). Cifras de desplazados. URL, <https://cifras.unidadvictimas.gov.co/Home/Vigencia>

Periódico El Tiempo. (11 de noviembre de 1990). Muere coronel en ataque guerrillero. URL, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3859>

Anexos

Glosario

Candeleo: término que usan algunos desplazados para referirse a fuertes balaceras.

Mandón: es el líder de algún grupo armado o, incluso, hasta el patrón de una finca.

Sapo: colaborador de algún grupo armado.

Guerrillo: forma coloquial de referirse a un guerrillero.

Bolear plomo: expresión que utilizan algunas personas para referirse a un enfrentamiento con armas de fuego; forma incansable de disparar.

Filo: lugares lejanos y ubicados en las partes altas de una montaña.

Salir arriados: salir de afán, sin planear nada.

Chiva: medio de transporte usado generalmente por los campesinos. También es conocido como “bus escalera”.

Ociositos: en el contexto del conflicto armado, una persona ociosa es aquella que permanece mucho tiempo en las calles vendiendo sustancias alucinógenas, alcohol, etc. También es usado para referirse a las prostitutas.

Extender: en el marco de la jerga del conflicto armado, *extender* a alguien es asesinarlo y dejar a esa persona ahí, hasta que alguien la encuentre y levante su cadáver.

Peleadores: es la forma de referirse a algunas personas, sobre todo hombres (aunque esto no excluye a las mujeres), que frecuentan peleas donde es muy común enfrentarse con machetes.

Llevar del bulto: sufrir.

Pilonera de gente: grupo numeroso de personas.

Topeteaban: cuando los grupos armados se enfrentaban.

Verriondos: personas con la capacidad de hacer algo fuera de lo común, capaces de enfrentarse a otro. En otras palabras, es valentía.

Verraquera: dependiendo del contexto en el que se diga la palabra puede significar tristeza o valentía.

Resultar graneados: encontrar poco a poco cuerpos sin vida.

Recochar: reírse; tener conversaciones graciosas.

Crónicas

Crónica 1. Huellas

En junio de 2004, Sonsón, un municipio del Oriente antioqueño, igual a otros pueblos como: San Francisco, La Unión, Argelia, Nariño, Granada, San Rafael, San Luis, El Peñol, Carmen de Viboral y Cocorná, se había convertido en el blanco de guerrillas como las FARC, un grupo que actuó con gran fuerza en esta región desde que se consolidó el Frente 47 en la década de los noventa. Después de su llegada y ya sabiéndose de la presencia de la guerrilla del ELN, se conocería que dos grupos paramilitares: las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM) y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) también hacían presencia en la región. El accionar de estos grupos dejó como resultados hechos imborrables como la toma del municipio de Nariño el 30 de julio de 1999, centenares de víctimas directas de desaparición forzada, masacres y múltiples desplazamientos.

Dora García, una mujer de 52 años que casi toda su vida vivió en Sonsón, mayormente en el corregimiento Alto de Sabanas, fue testigo de la crudeza de aquel conflicto que para el año 2004 ya estaba arraigado en el cotidiano de sus habitantes. Ese año, ella tuvo que abandonar aquellas tierras.

Dora, una mujer de risa discreta y delicada, sufrió dos desplazamientos: el primero en Nariño y el segundo en Sonsón, ambos municipios limitan y están ubicados en el sur del oriente antioqueño. Esta sonsoneña de piel trigueña y estatura promedio, había convertido al frío en su principal enemigo, pues siempre fue fiel admiradora de las zonas de clima cálido, pero finalmente ya se había acostumbrado.

Su adolescencia la vivió en medio de una región que albergaba a estos grupos armados que llegaron desde el Urabá antioqueño, aun así, no fue víctima de su accionar en el municipio de Sonsón, aunque sí creció viéndolos caminar por las carreteras que ella frecuentaba. Las consecuencias del conflicto armado en su vida comenzaron a notarse más adelante, después de haberse casado con Gerardo.

El primer desplazamiento

Dora se había acostumbrado a dejar una pequeña huella en diferentes rincones de su municipio, pues su familia había tomado la costumbre de cambiarse de casa muy a menudo. Y aunque en la mayor parte de los casos, todas estas viviendas quedaban ubicadas en el corregimiento Alto de Sabanas, para ella lo más importante era tener un trabajo estable, sin importar si debía irse para otro lugar.

Cuando se casó con su actual esposo, Gerardo Posada, Dora mantenía las mismas costumbres que había adoptado al lado de sus papás. Ella siempre estuvo dedicada a las labores domésticas; a las 4:00 a.m. se levantaba y continuaba su día cuidando de las gallinas y, sobre todo, de los

hijos que poco a poco fueron conformando su hogar. Al momento de ser desplazada por primera vez, Dora vivía en Nariño-Antioquia, un municipio que limita con Sonsón.

Era 1996 y ya tenía dos hijos: Carlos, Damián y esperaba a la tercera, Cristina. En Nariño vivieron en dos casas, de las dos tiene recuerdos muy fuertes, pues en la primera casi pierde la vida y de la segunda se tuvo que ir por miedo. En aquella primera, fue la naturaleza quien atentó contra su integridad física, pues casi queda sepultada en los escombros de esa vivienda. De repente, Dora sentía que la naturaleza le sacudía el alma hasta el punto de sentir que había nacido para el sufrimiento, no sabía qué pasaba. Encerrada en un rincón, sin poder salir, sólo alcanzaba a gritar: “Ay, Dios mío bendito, que no nos vaya a pasar nada. Que no se nos vaya a venir una pared de estas encima”.

Dora estaba desesperada y por nada del mundo soltaba a ninguno de sus dos niños, veía cómo las paredes se movían con la inclemencia de una muerte indigna y de repente, sólo esperaba morir. La puerta se había atascado y doña Rosario, la vecina, tuvo tanto miedo que se limitó a abrazar una guadua, el impacto de ese temblor le hizo perder el movimiento.

-¡Doña Rosario, por favor, ábrame la puerta!”- gritaba Dora.

Pero la grandeza y voluntad de su Dios fue, quizá, su salvación:

-Yo siempre quise un reloj del Divino Niño porque son así todos rosaditos lo más de bonitos y entonces cuando nos casamos Gerardo y yo, él me regaló uno, y desde entonces yo lo miraba todos los días-, cuenta ella con la certeza de que fue aquella imagen quien la protegió.

En ese momento, entonces, cayó a sus pies y como si el Divino Niño los hubiese protegido, sobrevivieron a ese temblor de casi 15 minutos, como lo describe ella. Las paredes de su casa quedaron totalmente destruidas y las tejas separadas, pero lo que no logra sacar de sus recuerdos es la enorme grieta que tenía una de estas paredes por toda la mitad, aún no logra comprender cómo esta no le cayó encima. Así, poco a poco, fueron recuperando sus enceres, pues estos habían quedado bajo los escombros que había dejado tal acontecimiento.

Después vivieron en otra casa, doña Dora no la olvida porque, dice, mientras estuvo allí, una bruja no dejó de atormentarla. Aquel hogar daba la vista de una naturaleza tan tranquila donde apenas tenía dos vecinos, sin embargo para ella era suficiente, pues su esposo tenía el “trabajito” y ella podía engordar unos pollos en compañía con el dueño de la casa.

En Nariño vivieron en total cinco meses, en los cuales Gerardo se había acostumbrado a ver pasar las balas como pájaros cuando trabajaba. Allí vivieron en una vereda de la que ahora no recuerda el nombre, pero de la que sabe que estaba a una hora de distancia del pueblo. Así, mientras los habitantes de esta localidad buscaban un refugio, las Autodefensas no daban tregua en sus constantes enfrentamientos con la guerrilla. A muchas familias les tocó irse, sobre todo a las que vivían en los lugares más alejados de las veredas, ya que-cuenta-era en los más

recónditos lugares del monte donde se asentaban más frecuentemente estos grupos; entre esas familias estuvo la suya, pues el deseo de sobrevivir ante algún atentado terrorista y de proteger a sus hijos era más fuerte que la posibilidad de un trabajo estable. Además, ya las autodefensas estaban comenzando a preguntar por algunas personas:

-Ahí sí salimos nosotros arriados, así nos tocara dejar las cosas-dice Dora.

Al irse, tomó la decisión de llegar a la casa de su mamá, en Sonsón, una mujer decidida y con agallas, madre de siete mujeres y un hombre, y con la tenacidad de decirle fríamente a un guerrillero que ella no temía andar sola por ahí. El suyo era un “ranchito de bahareque”, como lo describe doña Dora, quien posteriormente se radicaría en otras veredas como Ventiadero y la última, en Alto de Sabanas.

Y aunque ella desconoce con qué grupo guerrillero se estaban enfrentando las Autodefensas el día que abandonó el municipio de Nariño, para ella no hay diferencia ya que-dice-todos actúan igual y todos generan el mismo miedo. Lo cierto es que este primer desplazamiento se dio en el marco de una noticia que había conmocionado a Colombia en agosto de 1996; las FARC habían enviado una carta a miembros del gobierno nacional, a través Manuel Marulanda “alias Tirofijo”, comandante de este grupo guerrillero. En ella manifestaban el deseo de empezar los diálogos de paz, y para ello proponían la desmilitarización de cuatro municipios del Meta (Mesetas, Vistahermosa, Macarena y La Uribe) y la elaboración de una nueva constituyente, a sólo cinco años de haber sido expedida la constitución política de 1991.

“El desplazamiento importante”

Una vez establecidos en la casa de su mamá no tardaron mucho en encontrar un nuevo hogar, y luego otro y otro, hasta que conocieron el último, en el corregimiento Altos de Sabanas. En Sonsón duró ocho años residiendo nuevamente, y en ese periodo de tiempo pudo ver cómo el miedo se fue haciendo parte del día a día de los campesinos de esta zona, y la naturaleza en el mejor refugio de las balas perdidas; es así como recuerda la vez que su esposo organizó una cueva con ramas para protegerlos de una balacera que hubo cerca de la fonda que quedaba a pocos minutos de su casa. Según ella, ese día mataron a un muchacho, así que ellos se cubrieron toda la noche bajo los árboles, y se quedaron quietos para que no les pasara nada.

En el año 2004 perdió dos primos: a Raúl y al “Zarco”. De este último, por ejemplo, recuerda cuando llegaron con el rumor a su casa de que por La Unión, un municipio cercano a Sonsón, habían matado a un hombre alto, de piel blanca y con un lunar. Doña Dora cuenta que a él lo asesinaron las Autodefensas mientras venía de comprar unos repuestos en Medellín, y que un hombre lo señaló de tener supuestos vínculos con “los guerrillos”; no era cierto. Por otro lado, Raúl iba con un compañero cuando los mataron por no saber un número de teléfono. Más adelante, asesinaron a otros vecinos, a dos de los Aránzazu y dice que los Valencia se tuvieron que ir porque eran colaboradores de la guerrilla. Los pocos vecinos que quedaban se fueron yendo porque creían que “en cualquier momento era su turno”.

Junio de 2004

En el año 2004, la familia de Dora tenía cuatro nuevos miembros: Cristina, Marcela, Diego y Anggie, la bebé. En la última casa que habitaron en Sonsón vivieron tres meses y, según ella, ya algunos grupos paramilitares (de los que aún desconoce su procedencia) indagaban con más frecuencia por Alto de Sabanas. Además los muertos se habían convertido en el principal tema de conversación entre los vecinos.

Para ese entonces, Elda Neyis Mosquera, más conocida con el alias de Karina, era la primera mujer con el título de comandante dentro de esta organización guerrillera, a su cargo estaba el Frente 47 de las FARC. Este bloque operó en Argelia, Nariño, Sonsón y San Francisco; algunos medios de comunicación cuentan que esta mujer montó su campamento guerrillero desde la vereda Río Verde de los Montes del municipio de Sonsón donde, al mismo tiempo, dominaba Samaná, San Félix, Pácora, Aguadas y Pensilvania en el departamento de Caldas. Los sonsoneños, por su parte, alistaban sus maletas para despedir por siempre, o por lo menos temporalmente, aquel lugar que había sido el recinto de sus más íntimas anécdotas, como en el caso de Dora. Sólo ese año, a manos de estos grupos paramilitares, se registraron cinco masacres en el oriente antioqueño, específicamente en los municipios de Argelia, Cocorná, San Luis, Granada y San Carlos.

El día de su desplazamiento, Dora se había levantado a realizar sus tareas del hogar, como de costumbre, y su esposo había viajado al pueblo. Y aunque ya sabían que el conflicto se estaba radicando con mayor propiedad en Alto de Sabanas, pensaba que únicamente los afectados más directos serían los muchachos más “ociocitos” de las veredas.

Al medio día escuchó que hubo enfrentamientos entre las Autodefensas y una de las guerrillas, y temía que le pasara algo, así que rápidamente tomó la decisión de irse de esa vereda. Mandó a vestir a sus hijos y mientras sentía el temblor de un indeseado adiós, empacó unos cuantos chiros dentro de una estopa, en la que prevalecían sus mejores prendas. Les explicó a los niños que debían despedir su casa: “nos vamos de aquí” dijo. No recibió respuesta. Luego agarró aquella improvisada maleta y, por última vez, atrancó la puerta de madera despintada de su casa y salieron como si fueran a pasear.

Igual a ella, y viendo la inseguridad que se apoderaba de Alto de Sabanas, muchas otras familias decidieron irse de allí. Muy aprisa salió de aquella última casa que habitó en Sonsón, tomó la “chiva” que transitaba al medio día por aquella vereda y así fue como se despidió de su casa, corriendo. Iba camino a la casa de su suegra en la cabecera municipal. A su lado, en esa chiva, sus cinco niños y la bebé en brazos. Era la 1:30 de la tarde y huía por miedo.

Doña Dora iba sentada y sentía su mirada perdida en la infinidad de las cordilleras que adornaban aquel cruel viaje. Después de llegar donde su suegra, se encontró con Gerardo. Allí se quedaron cerca de cuatro días y luego decidieron seguir buscando una casa en algún municipio cercano. No lo lograron, pues el trabajo era muy inestable y poco rentable para una familia que

acababa de perderlo todo. Esto los llevó a tomar la decisión de irse para Medellín a un albergue que sabían que quedaba por el barrio Boston, era uno que había establecido la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO). Al llegar, Dora se sorprendió por la cantidad de personas que se había establecido allí, ya que esa era la primera vez que dimensionaba el impacto del conflicto armado entre personas de su mismo estatus.

Para ese tiempo, el conflicto armado, además del Oriente antioqueño, afectaba a otras regiones como el Urabá, el Bajo Cauca y el Suroeste del departamento, donde también operaba el Frente 47 de las FARC; sólo un mes después (el 1 de julio) una noticia tomó por sorpresa al país: las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), reconocidas también por disputarse algunas tierras con las FARC, como la del Catatumbo (en Norte de Santander), instalaron una mesa de negociación con el gobierno nacional. Dos años después, el 15 de agosto de 2006, esta organización terrorista se desmovilizaría por completo.

Aquel albergue que estableció la FAO fue el hogar de Dora desde junio de ese año (2004) hasta diciembre. Tiempo en el que cuidó de su familia y participó de las actividades de integración que se realizaban allí. Después de esos seis meses decidieron irse para Andes, en el Suroeste antioqueño, pues en los últimos dos meses Gerardo había estado cogiendo café en aquel municipio y tenía una posibilidad de continuar sus labores y de arrendar una casa en el corregimiento Santa Rita. Cuando llegaron no tenían nada, en sus manos sólo reposaba una estopa y un par de bolsos con la poca ropa que habían conservado desde su desplazamiento. Para suerte de su familia, en aquella época del año, las montañas del municipio de Andes se vestían de rojo y el aroma del café se tomaba cada de sus carreteras: era cosecha cafetera, la temporada más pertinente para darle inicio a su nueva vida. Ya no había marcha atrás, nuevamente su familia se dedicaba a la labor campesina, y aunque las edades de sus hijos no sobrepasaban los catorce años, fueron ellos quienes ayudaron a recuperar poco a poco todo lo que el conflicto armado les había arrebatado.

Cerca de tres semanas después-cuenta Dora-comenzó a sentirse más cómoda en un lugar que nuevamente le enseñaba a vivir. Los domingos salía al pueblo a mercar y ya tenía unas cuantas amigas. Pero ella afirma que ha nacido para andar, y eso le parece un chiste, pues en la búsqueda de una mejor estabilidad económica vivió en varias veredas: Peñas Azules, luego en Santa Inés, nuevamente en Santa Rita, Betania y, por último, en San Pedro Abajo, una vereda del municipio de Andes en la que vive hace seis años. Cuando llegó a esta última, en marzo del año 2014, se dio cuenta de que aquello de lo que tanto se reía, había llegado a su fin, pues sus hijos mayores le compraron una casa, en la que normalmente se sienta a observar y a cuidar de las gallinas; estando en ella-dice-siente mayor tranquilidad, aunque también compasión por quienes actualmente siguen siendo forzados a salir de sus fincas.

Ahora su familia tiene dos nuevas caras, en total son ocho hermanos: cinco mujeres y tres hombres; y tan irónica la vida, ellos todavía ven a Sonsón como su eterno hogar. Allá, en esa tierra de flores bonitas y sangre bajo sus entrañas, quince años después llegaron tres de ellos:

Cristina, Marcela y Diego. Ellos decidieron volver a la tierra que un día, cuando niños, los vio padecer. Regresaron para quedarse, o al menos eso esperan. Pero para doña Dora eso no lo es todo, aunque los visita cada que puede, no para de pedirle a Dios que les conserve el trabajito y los colme de la felicidad que ella vivió incompleta en esas tierras.

Por su parte, ella sigue residiendo en la casa que le regalaron sus dos hijos mayores, en San Pedro Abajo-Andes. Ya no vive del café, debido a que en algún momento de su vida, Carlos y Damián conocieron la actividad minera que caracteriza al corregimiento Santa Rita; trabajan como independientes. Dice que esta actividad les brindó la oportunidad de tener un trabajo mucho más estable y mejor remunerado. Ahora no siente la necesidad de ir en búsqueda de nuevos lugares donde puedan trabajar, al contrario, siente que este es el momento perfecto para ella descansar de las consecuencias que el conflicto armado trajo a su vida y de recordar lo bonito que le dejó Sonsón, mientras ocasionalmente va a visitar a su mamá.

Hoy, ella, ha encontrado en el recuerdo el mejor remedio para sanar las heridas, ha decidido dejar todo eso en el pasado para demostrarle a sus tres hijas menores que no hace falta tener mucho para ser feliz. Ahora, mientras deja escapar una sonrisa discreta y esperanzadora, dice que le gustaría volver a vivir a Sonsón, donde está toda su familia. Pero ya-dice ella-no puede dejar la casita que le dieron sus hijos. Además, Andes es más calientico y eso por allá es muy frío.

Crónica 2. La hora de llegada

Alberto Tabares – 1991

Cuando empezó todo

Esta mañana salí, como de costumbre, a cortar caña con mi abuelo y mis dos tíos. El día había empezado como cualquier otro: después de haber llegado a nuestro lugar de trabajo, alistamos los machetes, desayunamos y cada uno tomó un tajo mientras soportaba las afiladas hojas de aquel cultivo que por años nos ha dado la comida. Todo avanzó normalmente hasta el mediodía, cuando llegamos a almorzar a la casa, al sentarnos, escuchamos unos fuertes estallidos sobre nuestro cielo y no tardamos en sentir cómo ese extraño sonido nos aturdiría en cuestión de segundos. Por primera vez la guerra se apoderaba de la vereda La Cordillera, en Campamento, un municipio ubicado en el Norte de Antioquia. Luego, encerrado en mi casa y espiando a través de las hendijas de la ventana, vi a las vacas romper los alambrados de sus potreros. Mis abuelos y mis tíos estaban bajo las camas, no decían nada, y yo de pie sobre una de las paredes de la sala. Cuando miraba por la ventana lograba ver cómo las balas pasaban como una bandada de golondrinas. El único sonido que se escuchaba era el de la guerra.

Logré sentir el miedo de mi familia, miré a mis costados y encontré en cada uno de ellos una mirada inocente y atemorizada; las balas de aquel enfrentamiento entre el Ejército y las FARC te dejan estático, porque por un movimiento en falso puedes perder la vida. Las ganas de correr te

consumen, pero no puedes hacerlo; un muchacho lo hizo y el Ejército se lo llevó en un helicóptero pensando que era uno de sus enemigos.

El resto de la tarde estuvimos encerrados en la casa. Aproximadamente a las 3:00 p.m. terminó el enfrentamiento. Pero en esos momentos no sabíamos con claridad que estábamos siendo víctimas del conflicto armado, porque nosotros no conocíamos el accionar de ningún grupo armado. Era la primera vez que algo así ocurría en La Cordillera.

Históricamente el Norte de Antioquia ha tenido permanente presencia de las FARC, una guerrilla que fácilmente logró expandirse por gran parte del territorio nacional desde su nacimiento; entre principios de los años 80 y finales de los 90, por ejemplo, esta guerrilla pasó a operar en 600 municipios de Colombia cuando, inicialmente, estaba presente en sólo 173 de ellos.

Luego todo comenzaba a cobrar sentido, pues hacía dos días, a eso de las 6:00 p.m., estábamos reunidos en familia conversando cuando llegaron algunos miembros de las FARC, traían sus uniformes verdes y botas pantaneras, otros, por el contrario, iban vestidos como civiles. Era lunes y llegaron preguntándonos de quién era la finca, qué tan grande era y qué producíamos. Al verlos sólo pensamos que había llegado la hora de morir, pero no: nos advirtieron que se quedarían en esa vereda y que no se harían responsables de lo que pasara. Era algo tan nuevo para nosotros que no debíamos decir mucho, simplemente nos obligaban a sufrir sin necesidad de apuntarnos con una escopeta.

A muchas familias de esa vereda también les preguntaban lo mismo, eso para comenzar a cobrarles la “vacuna”, un método que no conocíamos y que comenzaba a tomar fuerza de manos de esa guerrilla; a otras personas, por su parte, sólo les daban la orden de irse. Y así fue cómo el Ejército llegó a aquellas tierras, cuando supo de la presencia guerrillera en Campamento no tardó en llegar para enfrentarlos.

El candelero de la noche

Dicen que cuando el sol se esconde llega el descanso, pero a la vez es un momento cargado de lo más oscuro que nos pueda dejar el conflicto armado: en la noche se esconden tantos misterios e historias de las que si acaso, solo se conoce su principio. Esta sería una más de esas noches, a sólo tres días de haber presenciado por primera vez una lucha de poderes entre la guerrilla y el Ejército.

Las montañas que adornan nuestra vereda fueron el escenario perfecto para que los guerrilleros y el Ejército nos dieran la bienvenida al conflicto armado. No quería ser cómplice de sus balas nuevamente. La naturaleza había sido testigo y mi mente no daba para más sufrimiento, para pensar en que puedes ser el próximo muerto que van a pasar cargado en un carro o sobre los hombros, como lo hacen con los colaboradores de los otros grupos armados, a esos que también llaman “sapos”.

Y es que cuando nos preparábamos para recibir la hora de dormir, volvieron a sonar las escopetas; en una montaña estaba el Ejército, y en la que había al frente: las FARC. Por suerte no entraron a nuestra casa como lo hicieron con los vecinos, porque hasta sus hogares se convirtieron en campos de batalla. Nuevamente estábamos bajo las camas a la espera de un momento de calma. Estábamos ahí abajo, encañonados, esperando que las armas guardaran silencio, porque una vez dejan de sonar no hace falta mencionar una sola palabra; su silencio lo dice todo, dice temor y dice tristeza.

-No te muevas-pensaba yo mientras apretaba mis oídos con ambos dedos índice.

Habiendo pasado cerca de una semana, ya veíamos tanto al Ejército como a la guerrilla de las FARC por todos lados. Y cuando los guerrilleros llegaban a una casa, lo hacían para preguntar por el Ejército y por los sapos, porque a esos les dan una oportunidad, y si no, los van “pelando”; sí, a ellos los matan sin compasión. Además, la guerrilla llega a decirles a muchas personas que se vayan si no quieren que les pase algo.

Para ese entonces habían pasado sólo diez meses desde que el gobierno nacional lograba llegar a un acuerdo con uno de los cuatro grupos guerrilleros más mencionados que atacaban al país en esa época; el M-19 había entregado las armas oficialmente el 8 de marzo de 1990, por lo tanto, las expectativas de comenzar un 1991 con mucha más tranquilidad, eran más altas entre la comunidad campesina del país. Además, el 9 de diciembre de ese mismo año se había llevado a cabo la elección de los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente. Todo tomó otro rumbo cuando, el 4 de enero de 1991, el saldo que dejaba el conflicto armado era de 36 policías muertos.

La inseguridad se apoderaba de nuestro municipio y nos llevaba intranquilos a nuestras camas. Las carpas de los guerrilleros se convirtieron en parte del paisaje de nuestra vereda, porque por las noches ellos armaban sus campamentos en las afueras de alguna casa. Y por momentos, eso me recuerda la vez que estuve cogiendo café en Betania, en el Suroeste antioqueño; hacía un par de meses me había ido de andariego para allá y estando en una finca tuvimos a la guerrilla de las FARC frente a nuestros ojos. Una chica que trabajaba en la cocina llegó con ellos en horas de la noche, les dio comida y los dejó dormir en los campamentos que normalmente improvisan. Nunca los había visto y tampoco esperaba que el Eje Cafetero me recibiera de tal manera; pensé que nos matarían. Después de dos meses aproximadamente, desde que tuve esa experiencia en Betania, decidí volverme para mi pueblo, porque para ese entonces era un municipio tranquilo.

Ahora esa escena se repetía, esta vez en Campamento, pero con más frecuencia, y los escuchábamos hacer lo que más sabían: disparar. Nos sentíamos vulnerables porque las escopetas les otorga un estatus de “jerarcas”. ¿Y qué es la vida? Es aquello que ves frente a tus ojos mientras el estallido de las balas te hace sentir que esa es la hora de llegada.

Días después

En La Cordillera ya nos acostumbrábamos a vivir en medio de la incertidumbre, así que las malas noticias las podíamos esperar en cualquier momento. Y así fue, en menos de siete días algunos guerrilleros volvieron a nuestra casa y, como si nada, nos dijeron que si no nos íbamos “acababan hasta con el nido de la perra”, que ellos no iban a responder por nadie. Nos dieron tres días. Ese era el último y por eso huíamos, pero, ¿Quién quiere dejar lo propio, todo lo que ha conseguido con el sudor de su frente? ¿Quién quiere irse obligado de donde lo enseñaron a ser y a querer? ¿Quién espera ser desplazado a sus 17 años de edad?

No sólo es irse, es abandonar aquello que has aprendido a querer, por eso sentía que nos arrebataban todo: la dignidad y la tierra. Porque allá, en nuestra finca, quedó lo que conseguimos con cada gota de sudor: los muebles, los animales y los cultivos de caña que tanto trabajamos, pero también dejamos las risas, los ratos agradables con los vecinos y las horas del almuerzo.

Las maletas ya las teníamos empacadas, en ellas guardábamos nuestra ropa, un poco de comida y toda una vida de recuerdos. Al salir, sólo llevábamos aquel equipaje y dos mulas, luego dimos nuestro primer paso y, como no había carretera, continuamos por los caminos de herradura que se marcaban como venas por las montañas de La Cordillera.

Y ahí iba yo, junto a mis tíos y a mis abuelos, caminábamos sobre pantanos y despedíamos poco a poco a ese camino que siempre nos guio cuando salíamos a vender la panela que producíamos en la finca. Mis abuelos iban en las mulas. Por la edad de ellos no los podíamos arriesgar y menos por esas montañas, primero tan transitadas y tranquilas, luego tan oscuras y desoladas. La trocha se nos hacía infinita y las lágrimas me escurrían los ojos. El camino nos tomó cerca de tres horas y en cada paso que dábamos sentía un adiós; y así nos despedíamos de nuestra vereda, con los árboles siendo testigos de esa peculiar despedida: por una vieja trocha y con las mulas, la ropa y la mirada firme, aunque con los ojos hinchados.

¿Quién creería que hacía solo una semana lo teníamos todo? Pero el corazón siempre queda clavado donde uno aprendió sobre la vida, porque aunque no tuve estudios, en esa finca aprendí a ser humano; crecí con mis abuelos y dos de mis hermanas porque mi mamá nos abandonó cuando éramos unos niños, y para ir a estudiar teníamos que caminar por trochas de hasta 7 kilómetros y luego llegar a la casa a seguir trabajando. Por eso no continué la escuela.

Ahora íbamos rumbo a la cabecera municipal de Campamento y mientras sentía las lágrimas recorrer por mis mejillas, pensaba en todo lo que dejaría atrás: el saludo por la mañana a los dos caballos, a las tres mulas, a los cerdos, y las visitas ocasionales a mis vecinos. Sólo llevábamos la ropa porque hasta aquellas dos mulas se las regalamos a una familia muy pobre que conocíamos. Después viajaríamos donde una hermana mía que vivía en Medellín, no sabíamos a qué, por el momento sólo buscábamos seguridad. Mientras tanto, caminábamos trocha arriba, luego bajaríamos por otra montaña con la esperanza de que la vida nos sorprendiera y que Dios cuidara de nuestra finca.

Aquéel desplazamiento se daba en el marco de uno de los momentos más importantes en la historia de Colombia, ya que después de 105 años el gobierno escribiría una nueva constitución política. Esta nueva carta magna había quedado en manos de una Asamblea Nacional Constituyente que reunía a 70 miembros de las diferentes fuerzas políticas del país: los partidos Liberal, Conservador, Unión Patriótica y M-19, y los movimientos de Salvación Nacional, Unión Cristiana, ONIC y AICO; asimismo, el gobierno había designado 4 representantes de grupos guerrilleros desmovilizados: dos representantes del Ejército Popular de Liberación (EPL), con voz y voto, un representante del Partido Revolucionario de los trabajadores (PRT) y otro del grupo guerrillero Quintín Lame (MAQL), ambos con voz pero sin voto.

Tres años después

Una persona sin estudios poco logra hacer en una ciudad como Medellín, por eso decidí venirme para Andes, con un grupo de trabajadores, a buscar la cosecha de café. Vine a trabajarle a otra persona porque lo propio nos fue arrebatado.

Y es que además de pensar en la necesidad de conseguir un empleo estable y de saber que me alejaba de mi familia definitivamente, por mi mente se cruzaban ideas que me hacían pensar que acá, en Andes, ocurría lo mismo que me hizo huir de Campamento. El día que llegué a este municipio sólo tenía claro que quería trabajar, por lo tanto, no tenía fecha de salida, seguramente me quedaría. Cuando llegué me sentía observado y pensaba que todos los desconocidos que trabajaban conmigo eran guerrilleros, no dormía tranquilo, pero con el paso de las semanas uno se acostumbra a una cotidianidad y se siente seguro nuevamente.

Mi primer trabajo en este pueblo fue en la finca La Roja de la vereda El Cardal, a media hora de la cabecera municipal de Andes. Me costó trabajo aprender a coger café, pero me gusta más porque este trabajo no lo siento tan pesado como el esfuerzo que requiere la caña. Llegué a esa finca y creo que los patrones me acogieron como si fuera uno más de su familia, pero las noches seguían siendo una tortura cada que recordaba el momento en el que abandoné mi finca y me acostumbré a divagar, como todos los recolectores de café que van de pueblo en pueblo buscando su sustento y acostumbrándose a compartir viejas camas (“cambuches”) con otros trabajadores, o andariegos como se les conoce comúnmente. Y es que a estas alturas, cuando uno empieza a padecer las consecuencias de la guerra, es que uno puede decir que las heridas del alma arden más que las que deja una escopeta.

25 años después

Han pasado 28 años desde el momento en el que fui desplazado y 25 desde que llegué a Andes. En realidad, en todo este tiempo sólo he trabajado en tres fincas, dos en la vereda El Cardal y la última, en San Pedro Abajo, una vereda del corregimiento Santa Rita. Acá llegué porque un amigo me ofreció trabajo hace ocho años, y desde entonces sigo dedicándome al cultivo del café.

Mientras vivía en El Cardal conocí a Martha, una mujer con la que viví cinco años. De aquél hogar quedó Sara, nuestra hija, quien nació en el 2002 pero que después de nuestra separación en el año 2005, quedó al cuidado de sus abuelos. No pude continuar viviendo con ella porque la situación económica me obligaba a seguir viviendo en los cambuches de las fincas. Yo la visitaba muy a menudo hasta que cumplió quince años, desde entonces vive con su mamá.

Ahora, me he acostumbrado a la soledad, a vivir en la lejanía y a extrañar a mi abuelo, quien ya murió. A mi abuela y a mis hermanas las visito muy poco, aunque sé que algunos están viviendo en Medellín y otros en Campamento. La finca ya no es nuestra, ni de nadie, porque después de habernos venido se la consumió la maleza, o bueno, eso me han dicho porque no he vuelto a Campamento desde el 1991, cuando salí con mi familia y mi ropa por los caminos de La Cordillera.

En estos momentos mi familia es mi hija. No estoy con ella porque sigo viviendo como lo hacen los trabajadores de las fincas, los famosos “andariegos”. Sara es el motivo por el que intento olvidarme de Campamento, así yo sienta que he conseguido menos de lo que tuviera, así me sienta más enfermo o que cada día que pasa voy más de para atrás.

Crónica 3. El color del olvido

A mí me han pintado la vida de muchos colores, así como yo he coloreado los momentos más bonitos que perduran en mi memoria. Me dicen La Mona, aunque mi nombre original es Claudia Pérez, y me gusta recordar cuando me escapaba con mis amigas a comer mangos en los potreros de la vereda donde yo vivía.

Mi niñez

De seis hermanos (cinco mujeres y un hombre), todos hijos de distinto papá, estaba conformada mi familia. Siempre habíamos vivido en Tarazá, Antioquia, en el Bajo Cauca antioqueño. Cuando yo tenía dos años ya no convivía con ellos, ahí fue cuando comencé a ser parte de la familia de mis padrinos: Amanda Yepes y Rodrigo Yepes. Junto a ellos conservo casi todos mis recuerdos de la infancia, sobre todo en la finca, lugar en el que fui testigo tanto de las gallinas correteando por el patio, como de la guerra entre algunos grupos paramilitares y guerrilleros, que para ese momento estaban presentes en ese pueblo.

En la década de los setenta las FARC, el ELN y el EPL llegaron al Bajo Cauca, tres grupos guerrilleros que fueron los primeros en tomarse esta región del departamento de Antioquia, y a finales de los noventa incursionaron algunos grupos paramilitares como las Autoridades Unidas de Córdoba y Urabá, y posteriormente el Bloque Mineros y el Bloque Central Bolívar de las AUC. Estos últimos llegaron a la subregión con el fin de combatir a las guerrillas, quienes ya habían tomado un control a partir de la extorsión y el asesinato, y comenzaron a recibir dineros de los negocios más lucrativos de esta zona: el oro, la madera, la ganadería y la coca.

Ese fue el panorama que viví durante toda mi infancia, hasta más adelante que algunos de esos grupos decidieron dejar las armas. De aquella etapa de mi vida conservo pocos recuerdos de mis padres, sobre todo de mi papá, pues mi mamá me cuenta que él no me quería y que era un colaborador de la guerrilla; la última vez que ella lo vio, él había salido de la casa con unos hombres a eso de las 6:00 p.m. y nunca regresó. Luego, la falta de dinero y el cuidado de una familia tan numerosa llevaron a mi mamá a dejarme en casa de mis padrinos.

La finca de ellos era una de las más grandes de aquella vereda, que ahora no recuerdo su nombre pero de la que sé que está a unos cuarenta minutos de distancia del casco urbano. Su patio se había convertido en un constante receptor de muchos de estos grupos, y al estar ubicada en medio de una montaña, le permitía a Rodrigo estar atento de lo que ocurría en los sectores más bajos. Aquella finca, que fue mi hogar por doce años, fue el lugar donde, por primera vez, tuve contacto con personas armadas. En ella, mi padrino tenía enormes cultivos de maíz, plátano, frijol y coca; este último, por ejemplo, a pesar de ser ilegal es uno de los productos que más se cultivaban en Tarazá para ese momento.

En algunas ocasiones, cuando mi padrino veía a los soldados caminando cerca de la casa, decía: “Ya viene el Ejército para aquí”. Muchas veces llegaban, armaban sus carpas y al otro día se marchaban. Dos o tres días después llegaba “la otra gente”, quizá ese era el momento que más temíamos en mi casa porque si aquellos opositores se enteraban, no nos imaginábamos lo que sería de nosotros. Pero, “por si las moscas”, mis padrinos ya me habían preparado para cuando viera a un guerrillero: “Usted no sabe nada, no ha visto a nadie”. Y así era; a mis tres años de edad ya sabía que cuando un guerrillero me preguntara que si había visto al Ejército, debía limitarme a decir que como me la pasaba jugando nunca los había visto.

Así fue como empecé a ver la vida de muchos colores. Ahora, por ejemplo, recuerdo el rojo, porque de pequeña tuve que ver muchos muertos, sobre todo cuando por mi casa pasaba un “paraco” al que le decían “El César”, con esos carros llenos de cuerpos ensangrentados.

Mi adolescencia

En el año 2000 di a luz por primera vez a un niño que llamé “Daniel”. Tenía trece años. Como el bebé nació sietemesino, requería de unos cuidados que yo no podía brindarle; un día después mi tía Flor decidió llevárselo para la ciudad de Medellín hasta que él cumplió diez años. Después del parto, continué viviendo en la casa de mis padrinos, y con el papá de Daniel no volví a hablar, a pesar de que nos conocíamos desde hacía muy poco tiempo.

En realidad mi adolescencia estuvo marcada por dos momentos en particular, el primero fue el nacimiento de mi primer hijo, y el segundo fue cuando, un año más adelante, decidí conformar una familia con Darío, mi novio; para ese entonces yo tenía catorce años. Nos cambiamos de vereda, a una más tranquila que quedaba en el municipio de Cáceres, también en el Bajo Cauca y muy cerca a Tarazá. Todavía recuerdo mi primera casa, tan pequeña como tan iluminada por las hendidias que se formaban en medio de las tablas de sus paredes; en algún momento tuvimos

gallinas, cerdos y perros, porque a mí siempre me han gustado los animales. Allá, Darío trabajaba cuidando la mercancía de una finca.

Fueron cerca de cuatro años viviendo en aquella finca y siempre tuvimos miedo porque, de cierta manera, ese trabajo nos ponía en peligro. A veces llegaba la Policía o el Ejército preguntando por la mercancía y nosotros teníamos la orden de decir que ya la habían vendido, a pesar de que estaba bajo tierra. Pero, ¿quién vive tranquilo sabiendo que tiene a su cuidado una cantidad de ácido, gasolina y perga? A mí, la verdad, es que nunca me gustó eso, pero no era asunto mío: el mandón (o sea nuestro patrón) decía que eso daba plata.

En aquel lugar, yo había forjado algunas amistades muy fuertes, sobre todo con mis dos vecinas, por eso tenía la imagen de que la vida también era verde como los árboles, pura como las cascadas y amarilla por el color de los mangos que disfrutaba comiendo en compañía de aquellas grandes amigas, con las que también acostumbraba ir al río a tirar baño y a hacer meriendas a sus orillas.

Noviembre de 2008

Fue cuando yo estaba próxima a cumplir mis diecisiete años que comenzaron a llegar grupos armados a esa vereda, menos mal ya nosotros nos pensábamos ir de ahí porque ese trabajo era muy arriesgado. Pero vivir en Cáceres nos obligaba a cuidar “la caleta” o a raspar coca, lo que realmente no nos gustaba porque ese trabajo pela mucho las manos.

Dos años atrás, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) se habían desmovilizado y múltiples regiones quedaron afectadas por su accionar. Una de esas zonas fue la del Bajo Cauca, subregión que se había convertido en punto clave para uno de sus bloques paramilitares desde los años 90 (el Bloque Mineros), mayormente en municipios como Valdivia, Tarazá, Caucasia, Anorí, Briceño, Ituango y parte de Cáceres.

El día que ocurrió el desplazamiento, recuerdo que Darío y yo estábamos sentados en el comedor, como de costumbre. Sentimos el puño de alguien sonando fuertemente contra la madera de la puerta. No sabes ni qué pensar cuando en lugar de una visita, encuentras a varios hombres cargando sus escopetas; tuve tanto susto que ni siquiera supe cuántos eran. Abrí la puerta y, al verlos, Darío se puso de pie, nos miramos y vi en sus ojos el temor que yo había perdido por todos esos años que llevábamos viviendo juntos; ese día yo también lo sentí nuevamente. Gracias a Dios no nos mataron, porque sólo él tiene la potestad de quitarnos la vida cuando lo considere.

En ese momento logré ver la vida de otro color, esta vez la vi en un rojo que caía gota a gota a través de las hendiduras que se formaban entre las tablas de la casa. Cuando levantamos la mirada sólo escuchamos las siguientes palabras: “Ábranse que a esto le vamos a echar candela”. También nos dijeron que no nos lleváramos nada, y así fue. Mientras dábamos nuestro primer paso hacia un lugar que no teníamos planeado no miramos hacia atrás. Eran tantas personas

armadas que fue imposible contarlas y mucho menos reconocerlas porque siempre llevan la cara cubierta.

Salimos caminando porque pensamos que si corríamos nos podrían disparar, y cuando íbamos subiendo por un camino del que se alcanzaba a ver nuestra casa me di cuenta de que la vida también era amarilla; la madera de nuestra casa fácilmente se la consumía el fuego, y yo sólo pensaba en que esos sujetos nos iban a perseguir y no iban a descansar hasta matarnos. Caminamos hasta la tienda, donde esperamos dos motos que nos llevarían a Tarazá, donde mi familia. Y ese fue el último día que pisé las tierras de Cáceres, cuando me despedí pensando que no tendría más paseos de olla con mis dos vecinas.

Nos quedamos quince días en la casa de mis hermanas, en el casco urbano de Tarazá. Luego, una prima de Darío que vivía en la vereda Egipto del municipio de Andes, en el Suroeste antioqueño, nos puso a su disposición su casa, así que decidimos venirnos. Con nosotros se vino Alejandra, mi cuñada, porque también tenía miedo; todos los días amanecían uno o dos muertos. Ya hasta el sacerdote de Tarazá estaba enojado, decía que con esa matadera de gente no quedaban bóvedas para meter todos los cuerpos.

Al finalizar 2008, Tarazá reportó 2638 víctimas del conflicto armado. Además, el cementerio local, administrado por la parroquia del municipio, tiene un registro de 20 cuerpos identificados como N.N. a partir de ese año hasta el 2019.

El desplazamiento ocurrió el mismo mes que fue capturado el alcalde de Tarazá, Miguel Ángel Gómez, exactamente el 11 de noviembre a las 9 de la noche, en la ciudad de Medellín. El mandatario fue privado de la libertad por concierto para delinquir, constreñimiento y amenaza de muerte, y presuntos vínculos con el Bloque Mineros de las autodefensas; además alias “Cuco Vanoy”, líder de ese grupo, una vez había sido extraditado a Estados Unidos, lo señaló como uno de sus más cercanos colaboradores.

Cuando llegué a Andes

Llegamos en noviembre de 2008 y esto por acá estaba rojito del café que había. Darío no se veía muy contento porque estábamos realmente muy alejados de la familia. En esa primera cosecha le fue muy bien, así que pudimos pasarnos para otra casa rápidamente, en la vereda San Gregorio del mismo municipio. Luego, poco a poco él se fue adaptando a las condiciones laborales que nos ofrecía Andes, hasta que decidió establecerse radicalmente en este municipio.

Después de aquella cosecha, comenzamos la búsqueda de sitios donde a parte de una casa también tuviéramos muy buenas condiciones económicas, así que vivimos en veredas como: San Agustín, Cañada Honda, Media Luna y, por último, San Pedro Abajo, todas ubicadas en el corregimiento Santa Rita.

Recuerdo que quince días después de venirme para este municipio me decían que ya había balaceras en Tarazá, pues finalmente me preocupaba más por ese pueblo porque era donde habitaban todos mis familiares. Cuánto diera yo por volver, pero allá le quitan la vida a las personas y las desaparecen sin razón alguna, como a mi papá y al papá de mi hermana menor, del que sólo encontraron una bota tirada muy cerca a la casa; no hubo más pistas, así que hasta ahora sólo sabemos que salió de la casa y no volvió.

La última vez que viajé a ese pueblo fue hace cinco años y cuando llegué ya no lo reconocía, las lúgubres calles que veía aquel día no se comparaban a la multitud que acogían los domingos en alguna época de mi vida. Ese día, cuando iba para el pueblo, mi familia tuvo que pedir permiso para que me dejaran llegar, y una vez puse un pie en tierras tarazeñas me invadió un sentimiento de temor que me hacía pensar que las escopetas estaban a punto de ser encendidas. Estuve varios minutos sola en la terminal de transporte del pueblo. Luego llegué a la casa y no pude salir. Nadie salía. Parecía un pueblo fantasma, pues muy pocas personas estaban en las calles y, de ellas, se comentaba entre la comunidad que muchos pertenecían a alguno de esos grupos armados y que estaban vigilando. Cuando pude salir, no hacía falta decir mucho, sobre todo cuando visitaba el cementerio y pasaba frente a las tumbas en las que reposaban los cuerpos de unos cinco amigos con los que salí a recochar más de una vez; allí, no pronunciaba una sola palabra, sólo me limitaba a mirar y a sentir cómo mis mejillas se empapaban de nostalgia.

Ahora han pasado doce años desde que fui desplazada y mi vida sigue igual, puedo decir que me he acostumbrado. Son pocas las amigas que tengo y por eso casi no salgo. Lo único que conservo de mi pueblo no son sólo los recuerdos, conservo el amor, pues en estos momentos tengo tres perras: Samanta, Mirella y Muñeca. Son mis fieles amigas, van conmigo a donde sea que me vaya y por eso las alimento con cuidado y leche.

Ahora Daniel vive conmigo, y aunque teniendo a mi familia completa me siento segura, hay temporadas en las que es imposible dejar de pensar en lo tempestuosa que puede llegar a ser la vida. Diciembre, por ejemplo, no es solamente navidad. Hace dos años, dos de mis primos fueron asesinados, al parecer uno era un sapo y el otro no se sabe por qué lo mataron. En diciembre soy otra, siento mi corazón vacío, pienso en mi hermano Yeison cuando murió en una mina de oro de Tarazá. En diciembre me siento sola, mi familia está lejos y siento la necesidad de salir con mis hermanas. Siempre que llega ese mes cambio de semblante y quisiera amortiguar los recuerdos con un abrazo de mi mamá.

Hoy me siento a recordar y a anhelar, porque quiero volver a Tarazá, pero a pasear. Yo soy La Mona, la que tiraba baño en las cascadas, la que disfrutaba con sus amigas comiendo mangos. Yo soy La Mona, la que espera hacer ese viaje para comprar un leggins en su pueblo que le recuerden que la vida sigue siendo de muchos otros colores.